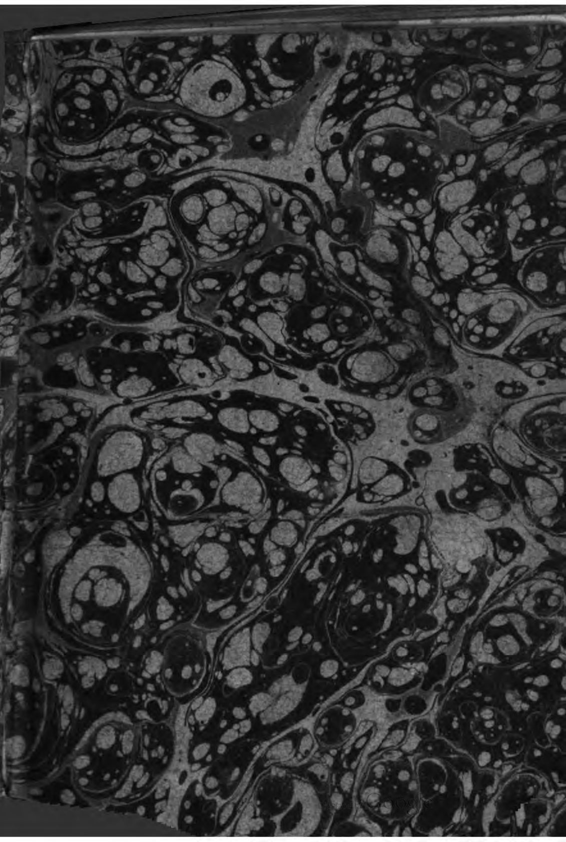
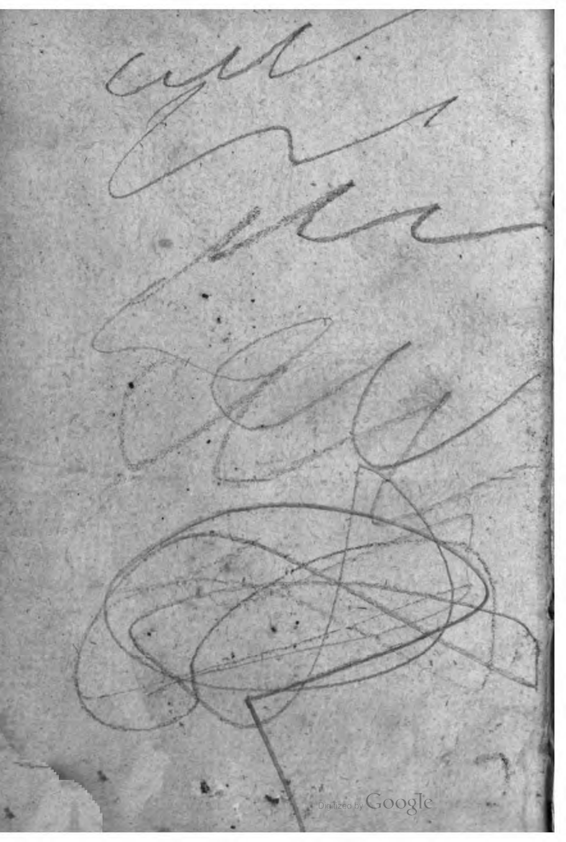








CONFORMIDAD

CON LA

VOLUNTAD DE DIOS.





CONFORMIDAD

CON LA

VOLUNTAD DE DIOS.

OBRA ESCRITA

Por S. Alfonso Ligorio;

TRADUCIDA POR

D. Joaquin Roca y Cornet,

Redactor del antiguo periódico LA RELIGION.

TERCERA EDICION.

CON LICENCIA.

BARCELONA:

IMPRENTA DE PONS Y C.ª, CALLE DE COPONS, N.º 4

1853.

El Traductor.

Este breve tratado en el que se inculca la obligacion que tenemos todos de conformarnos con la voluntad de Dios, es digno de toda nuestra atencion. Esta conformidad, en la que debemos estar todos, no es solamente una obligacion de aquellas personas que se ocupan en las cosas ascéticas y devotas, es un deber general de todas las criaturas racionales. S. Alfonso Ligorio podia

esplicar está materia de tanto interés y tan digna de ponerse en práctica por otro estilo y darle un aire de originalidad; pero este Santo quiso mas bien acomodarse á las maneras de nuestros místicos, y en particular del P. Rodriguez; y así es que está al alcance de todo género de lectores. Un estilo escolástico habria incomodado y una manera metafísica no podia servir sino para los que están iniciados en los misterios de aquella ciencia, que está elevada sobre el nivel del comun de los hombres.

Por otra parte, para manifestar que el hombre no debe querer sino lo que Dios quiere, no se necesita discurrir mucho. Porque, ¿qué quiere Dios? ¿á donde se encamina el cuida-

do que tiene de nosotros? al logro de nuestra felicidad, á que consigamos la dicha celestial. Pues si Dios no quiere mas de nosotros sino que seamos felices en este mundo, y despues logremos el complemento de esta felicidad en la Jerusalen celestial, no puede haber inconveniente alguno en que no queramos sino lo que Dios quiere. El que lea este tratado se persuadirá mas y mas de esta verdad, cuando vea que el mismo Jesucristo es un modelo perfectísimo de esta conformidad con la voluntad de Dios; cuando vea que todos los santos y los hombres mas virtuosos siguieron este camino sin desviarse jamás; y cuando vea que el mismo Dios confiesa con su palabra que todos no debemos querer sino lo que

él quiere. Pues almas devotas y piadosás, seguid siempre conformándoos con la voluntad divina, porque ella es la regla invariable de todas nuestras acciones; y si no la perdemos de vista nos conducirá á la gloria de la Jerusalen celestial.

DE LA CONFORMIDAD

CON LA

VOLUNTAD DE DIOS.

—

TODA nuestra perfeccion consiste en amar á nuestro amabilísimo Dios. *La caridad es vínculo de perfeccion.* (*Coloss.* 3.) Mas toda la perfeccion del ámor á Dios consiste en unir con su santísima voluntad la nuestra propia. El principal efecto del amor, dice

S. Dionisio Areopagita *(de Div. Nom. c. 4)*, es el estrechar la voluntad de los amantes de modo que los dos tengan el mismo querer. Y por esto cuanto mas íntimamente unida esté el alma con la divina voluntad, tanto mas ardiente será su amor. Y si bien son del agrado de Dios las mortificaciones, las meditaciones, las comuniones, las obras de caridad hácia el prójimo, pero, ¿cuando lo son? cuando van conformes con su voluntad; pues cuando no hay en ellas la voluntad de Dios, no solo deja de agradecerlas, sino que las abomina y las castiga. Si hubiese en una casa dos criados, el uno de los cuales trabajase todo el dia sin descanso, pero lo hiciese todo

á su gusto, y el otro, trabajando menos, obedeciese en todo á su amo, sin duda que este amaria al segundo y no al primero. ¿De qué sirven nuestras obras á la gloria de Dios, cuando no son segun su beneplácito? No quiere el Señor sacrificios, dijo el profeta á Saul, sino la obediencia á su querer. *Numquid vult Dominus holocausta, et victimas, et non potius ut obediatur voci Domini?..... Quasi scelus idololatriæ est nolle acquiescere. (1. Reg. 15, 22.)* El hombre que quiere obrar por voluntad propia, prescindiendo de la de Dios, comete una especie de idolatría, porque entonces, en vez de adorar la voluntad divina, adora en cierto modo la suya.

La mayor gloria, pues, que podemos dar á Dios es cumplir en todo con su santa voluntad. Nuestro Redentor que vino al mundo á establecer la gloria divina, trató de enseñarnos principalmente esta verdad con su ejemplo. Ved ahí como le hace hablar S. Pablo con su eterno Padre: *Hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi: tunc dixi: ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.* (*Heb.* 10, 5.) Rehusado habeis las víctimas que os han ofrecido los hombres: vos quereis que os sacrifique el cuerpo que me habeis dado, aquí me teneis pronto á hacer vuestra voluntad. Y repetidas veces declaró formalmente, que él habia venido al mundo no para hacer su voluntad sino para

cumplir la de su Padre. *Descendi de cælo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me.* (*Jo.* 6, 38.) Y por esto quiso que viese el mundo el amor que á su Padre tenia, obedeciendo su voluntad, que le queria sacrificado en una cruz por la salud de los hombres. Esto mismo dijo en el huerto cuando salió al encuentro de sus enemigos, que venian para prenderle y conducirle á la muerte: *Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, y que obro segun las disposiciones de mi Padre; levantaos, salgamos de aquí. (Jo.* 14, 31.) Hasta llegar á decir que solo reconocia por hermano al que cumpliese la divina voluntad. *Qui fecerit voluntatem Patris mei, ipse*

meus frater. (*Matt.* 12, 50.)

Así que, todos los santos no han tenido siempre otra mira que hacer la divina voluntad, conociendo claramente que en esto se cifraba toda la perfeccion de una alma. Decia el beato Enrique Suson (1. 2. c. 5): *No quiere Dios que abundemos en luces, sinó que en todo nos sometamos á su voluntad.* Y Santa Teresa decia: *Todo lo que debe procurar el que se ejercita en la oracion es conformar su voluntad con la divina, y esté seguro que en esto consiste la mas elevada perfeccion. El que con mas escelencia lo practique, recibirá de Dios mayores dones, y hará mayores progresos en la vida interior.* La beata Estefania de Soeino, dominicana, es-

tando un dia arrobada en éxtasis, vió en el cielo algunas personas á quienes en vida habia conocido, colocadas entre los serafines, y se le dijo que aquellas almas habian sido sublimadas á tanta gloria, por la perfecta uniformidad que habian tenido en la tierra con la voluntad de Dios. Y el ya citado beato Suson, hablando de sí, decia: Antes quisiera ser un gusano el mas vil de la tierra con la voluntad de Dios, que un serafin con la mia propia.

En este mundo debemos aprender de los bienaventurados del cielo el modo con que debemos amar á Dios. El purísimo y perfecto amor que tienen á Dios los bienaventurados en el cielo consiste en la

perfecta union con su divina voluntad. Si los serafines conociesen ser su adorable querer el que se empleasen por toda la eternidad en contar las arenas de las orillas, ó en arrancar las yerbas de los jardines, lo harian al momento con sumo placer. Aun mas, si Dios les indicase que fuesen á arder en las llamas infernales, precipitaríanse al punto en aquel abismo de fuego para cumplir la voluntad de Dios. Y esto es lo que nos enseñó á pedir Jesucristo: seguir la divina voluntad en la tierra como lo hacen los santos en el cielo. *Fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.* (*Matt.* 6, 9.)

Llamaba el Señor á David hombre cortado segun su corazon, porque David cumplia en todo su

voluntad: *Inveni virum secundum cor meum, qui facit omnes voluntates meas.* (*Act.* 3, 22.) David estaba siempre dispuesto á abrazar la voluntad divina, como tan á menudo se lo decia: *Preparado está mi corazon, ó Dios, preparado mi corazon.* (*Ps.* 107, 1.) Y no pedia al Señor otra cosa sino que le enseñase á cumplir su voluntad: *Doce me facere voluntatem tuam.* (*Ps.* 142, 10.) Un acto de perfecta conformidad con el querer divino basta para hacer un santo. Mientras que Saulo corre persiguiendo la Iglesia de Jesucristo, Jesucristo le ilumina y le convierte. ¿Qué hace Saulo? qué dice al momento? Una sola cosa: ofrecerse á cumplir su voluntad: *Domine, quid vis me facere?* (*Act.* 9,

6.) Y ved ahí que el Señor le declara vaso de eleccion y apóstol de las gentes: *Vas electionis est mihi iste, ut portet nomen meum coram gentibus. (Act.* 9, 17.) Y en verdad, pues el que da su voluntad á Dios se lo da todo; y el que le da sus vestidos con las limosnas, su sangre con las maceraciones, su manjar con los ayunos, da á Dios parte de lo que tiene; mas el que le da su voluntad, se lo da todo, de manera que puede muy bien decirle: Pobre soy, Señor, pero os doy todo lo que puedo; dándoos mi voluntad, no tengo mas que daros. Y esto es cabalmente lo que de nosotros pretende nuestro Dios: *Fili mi, præbe cor tuum mihi. (Prov.* 23, 1.) Hijo, dice

el Señor á cada uno de nosotros, hijo mio, dame tu corazon, esto es, tu voluntad. *Nada*, dice S. Agustin, *podemos ofrecer à Dios que le sea tan agradable, como decirle: Señor, seamos todos vuestros.* Y en verdad, no podemos hacerle ofrecimiento mas grato á sus divinos ojos que este: Señor, poseednos, os damos toda nuestra voluntad; hacednos conocer lo que de nosotros quereis, y nosotros lo cumpliremos al instante.

Si queremos, pues, complacer enteramente el corazon de Dios, procuremos en todo conformarnos con su divina voluntad; y no solo conformarnos, sino uniformarnos con las disposiciones de Dios. La conformidad importa que nosotros

dirijamos nuestra voluntad segun la de Dios; pero la uniformidad importa además que de la voluntad divina y de la nuestra hagamos una sola voluntad; así que, no queramos sino lo que quiere Dios, y que la sola voluntad de Dios sea la nuestra. Esto es lo sumo de la perfeccion á que debemos aspirar siempre: está ha de ser la mira de todas nuestras obras, de todos nuestros deseos, meditaciones y súplicas. A conseguirlo debemos rogar que nos ayuden todos nuestros santos intercesores y nuestros Angeles custodios, y sobre todo la divina Madre María, que fué la mas perfecta de todos los santos; porque fué la que mas perfectamente abrazó siempre la divina voluntad.

Pero la dificultad está en abrazar la voluntad de Dios en todas las cosas que sobrevengan, ya prósperas, ya adversas á nuestros apetitos. En las prósperas, hasta los pecadores saben muy bien uniformarse con la voluntad divina; pero los Santos se uniforman tambien en las que contrarian, disgustan ó lastiman el amor propio; y en esto se conoce la perfeccion del amor que tenemos á Dios. Decia el beato Juan de Avila: *Vale mas un bendito sea Dios en las cosas adversas, que seis mil acciones de gracias por las que nos son agradables.*

Además, es preciso uniformarse con el divino querer no solo en las cosas adversas que nos vienen directamente de Dios, como son las

enfermedades, la desolacion de espíritu, la pobreza, la muerte de los parientes y otras semejantes; sino tambien en aquellas que nos vengan por medio de los hombres, como son los desprecios, las infamias, las injusticias, los hurtos, y toda especie de persecuciones. Sobre esto es preciso saber, que cuando alguno nos ofende en la fama, en el honor, en los bienes, aunque el Señor no quiere el pecado del ofensor, quiere no obstante nuestra humillacion, nuestra pobreza, nuestra mortificacion. Es indudable y es de fe que todo cuanto en el mundo sucede, todo sucede por quererlo así Dios. *Ego Dominus formans lucem et tenebras, faciens pacem et creans malum. (Is.*

45, 7.) De Dios vienen todos los bienes y todos los males, esto es, todas las cosas que contrarian nuestros deseos y que nosotros llamamos falsamente males, pues en realidad son bienes cuando los recibimos gustosos de su mano soberana: *¿Habrà algun mal en la ciudad que el Señor no haya hecho?* (*Amos* 3, 6.) Y antes lo dijo el Sabio: *El bien y el mal, la vida y la muerte vienen de Dios.* (*Eccl.* 12, 14.) Verdad es, como he dicho ya, que cuando un hombre te ofende injustamente, no quiere Dios el pecado de aquél, ni concurre á su malicia con su voluntad, pero concurre generalmente á la accion material con la que aquél te hiere, te roba ó te injuria; así que, la ofensa que

sufres, ciertamente la quiere Dios, y de sus manos te viene. Por esto, y en este sentido decia el Señor á David, que él era el autor de los ultrajes que debia hacerle Absalon, hasta arrebatarle sus esposas delante de sus propios ojos, en castigo de sus pecados. *Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis tuis et dabo proximo tuo.* (2. *Reg.* 12, 11.) Por esto dice tambien á los Hebreos que en pena de su iniquidad les enviará los Asirios para despojarlos y arruinarlos. *Assur virga furoris mei..... mandabo illi, ut auferat spolia et diripiat prædam. (Is.* 10, 15.) Y á este propósito esclama San Agustin: *Impietas eorum tamquam securis Dei facta est.* (*In Ps.* 37.)

Sirvióse Dios de la iniquidad de los Asirios como de una cuchilla para castigar á los Hebreos. Y el mismo Jesus dice á S. Pedro que su pasion y muerte no tanto le venia de los hombres como de su mismo Padre: *Calicem quem dedit mihi Pater, non vis ut bibam illum?*

Job, cuando viene el mensajero, (que dicen era el demonio) á noticiarle que los Sabeos le habian robado todas sus riquezas, y le habian muerto los hijos, ¿qué es lo que respondió el Santo? *Dominus dedit, Dominus abstulit.* (1, 21.) No dice, el Señor me ha dado los hijos y los bienes y los Sabeos me los han quitado; sino, el Señor me los dió y el Señor me los ha quitado; porque bien conocia que aquella

pérdida era voluntad de Dios, y por esto añadió: *Como agradó al Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor*. No debemos, pues, considerar los trabajos que nos sobrevengan como hijos del acaso ó de la culpa de los hombres, sino que debemos estar íntimamente convencidos que todo cuanto acontece, acontece por voluntad divina. *Quidquid hic accidit contra voluntatem nostram, noveris non accidere nisi de voluntate Dei.* (*D. Aug. in Ps.* 148.) Epiteto y Aton, (*Roweid. l.* 1) mártires dichosos de Jesucristo, puestos por el tirano en el tormento, desgarrados con garfios de hierro, abrasados con teas ardientes, no proferian mas palabras que estas: Señor, cúmplase en nos-

otros tu voluntad. Y junto al lugar del suplicio, esclamaron en alta voz: Bendito seais, eterno Dios, porque vuestra voluntad se ha cumplido en nosotros enteramente.

Cuenta Cesareo (*lib.* 10, *cap.* 6) que cierto religioso, si bien en lo esterior no se diferenciaba de los demás, habia llegado á tal grado de santidad que con solo el tacto de los vestidos curaba los enfermos. Maravillado de esto su superior le dijo un dia, cómo obraba tales prodigios no llevando una vida mas ejemplar que los demás. Respondió él que no era menor su admiracion y que no sabia atinar el motivo. Mas ¿qué devocion practicais? le preguntó el abad. Contestó el buen religioso que él nada ó muy

poco hacia; tan solo habia tenido siempre gran cuidado de querer únicamente aquello que Dios queria, y que el Señor le habia concedido la gracia de tener su voluntad enteramente abandonada á la de Dios. Ni la prosperidad, dijo, me afecta, ni la adversidad me abate, porque todo lo tomo de la mano de Dios, y todas mis oraciones se reducen á un objeto, esto es, que su voluntad se cumpla en mí perfectamente. Y de aquel perjuicio, repuso el superior, que el otro dia nos causó nuestro enemigo en quitarnos nuestro sustento, incendiando el lugar donde estaban nuestros trigos y nuestros ganados, ¿no tuvisteis ninguna pena? No, Padre mio, le respondió, antes

bien dí gracias á Dios como acostumbro hacerlo en lances semejantes, sabiendo que Dios todo lo hace para su gloria y para nuestro mayor bien, y de este modo vivo siempre contento, suceda lo que sucediere. El abad, que con tales respuestas vió en aquella alma tanta uniformidad con la voluntad divina, ya no se maravilló de que hiciese tan estupendos prodigios.

El que así lo hace, no solo se santifica, sino que disfruta aun en este mundo de una perpetua paz. Alfonso el Grande *(Panorm. in vita)* rey de Aragon, príncipe muy sabio, preguntado un dia que hombre tenia él por mas feliz en este mundo, respondió: aquel que se abandona á la voluntad de Dios, y

que recibe de su mano todas las cosas tanto prósperas como adversas: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* (*Rom.* 8.) Los amantes de Dios viven siempre contentos, porque todo su placer consiste en cumplir la divina voluntad aunque sea en las cosas contrarias: por donde las penas mismas se les convierten en dulzuras pensando que aceptándolas dan gusto á su amado Señor: *Non contristabit justum quidquid ei acciderit.* (*Prov.* 10, 11.) Y en realidad ¿qué mayor contento puede sentir un hombre que mira siempre cumplido lo que desea? Cuando alguno, pues, no quiere sino lo que quiere Dios, sucediendo todo lo que pasa en el mundo, menos el pecado, por vo-

luntad de Dios, sucede de consiguiente todo lo que él quiere. Refiérese en la vida de los Padres, de un hacendado, cuyas tierras le producian mucho mayor fruto que á los demás. Preguntado como tal le sucedia, respondió que no les maravillase, porque tenia siempre el tiempo á medida de su gusto. ¿Y como? le dijeron. Sí, replicó, porque no quiero otro tiempo sino el tiempo que quiere Dios, y conforme él lo quiere, y así él me da los frutos como los quiero yo. Las almas resignadas, dice Salviano, si son humilladas, quieren serlo; si padecen indigencia, quieren ser pobres; en una palabra, cuanto les sucede, aquello quieren, y por esto son felices en esta vida. *Humiles sunt*,

hoc volunt; pauperes sunt, paupertate delectantur; itaque beati dicendi sunt. Viene el frio, el calor, la lluvia, el viento, y todo el que está unido á la divina voluntad, dice, quiero que haga frio, que haga calor, que haga viento, que llueva, porque así lo quiere Dios. Viene la pobreza, la persecucion, la enfermedad, la muerte, y dice el fiel cristiano, yo quiero ser pobre, perseguido, enfermo; quiero hasta morir, porque así Dios lo quiere.

Esta es la feliz libertad de que disfrutan los hijos de Dios, que vale mas que todos los honores y todos los imperios de la tierra. Esta es la escelente paz de que gozan los Santos, la cual *exsuperat omnem sensum* (*Eph.* 3, 2); escede á

todos los placeres de los sentidos, á todos los festines y banquetes, á todos los honores y á todas las demás satisfacciones del mundo, las cuales, como son vanas y caducas, por mas que halaguen el sentido en los cortos momentos de su fruicion, con todo, no satisfacen, antes afligen el espíritu en donde reside el verdadero contento. Y por esto Salomon, despues de haber apurado el cáliz de todos los deleites de la tierra, esclama lleno de afliccion: *Todo esto es vanidad y afliccion de espíritu.* (*Ecclesiast.* 4, 6.) *Stultus*, (dice el Espíritu Santo) *sicut luna mutatur, sapiens in sapientia manet sicut vult.* (*Eccl.* 27, 12.) El necio, esto es, el pecador, es mudable

como la luna, que hoy crece, mañana mengua: hoy le vereis reir, mañana llorar: hoy manso, mañana enfurecido como un tigre. ¿Y sabeis porqué? porque su contentamiento depende de la prosperidad ó adversidad de lo que le pasa, y por esto se muda, como se mudan las cosas que le acontecen. Mas el justo es como el sol, siempre igualmente sereno en cualquier acontecimiento, porque su mayor, su único contento, es el uniformarse con la voluntad divina, y por esto goza de una paz imperturbable: *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis* (*Luc.* 2, 15), dijo el ángel á los pastores. ¿Y quienes son estos hombres de buena voluntad, sino aquellos que están siempre unidos

á la voluntad de Dios, que es lo sumo de la bondad y de la perfeccion? *Voluntas Dei bona, beneplacens et perfecta.* Y en verdad, porque Dios no quiere sino lo mejor y lo mas perfecto.

Los santos en este mundo, conformándose con la voluntad de Dios, han sentido el goce de un anticipado paraiso. Los antiguos Padres, dice S. Doroteo, se conservaban en perfecta paz, aceptando gustosos de la mano de Dios todo cuanto les sobrevenia. Santa María Magdalena de Pazzi, al oir nombrar solamente *Voluntad de Dios* sentia tan inefable consuelo que quedaba arrobada y como fuera de sí en éstasis de amor. Y si bien es indispensable que las ad-

versidades afecten nuestra sensibilidad, con todo esta sensacion no pasará de la parte inferior; pero en la superior del espíritu reinará la paz y la calma, estando la voluntad unida á la de Dios. *Gaudium vestrum* (decia el Redentor á los apóstoles) *nemo tollet a vobis. Gaudium vestrum sit plenum.* (*Jo.* 16, 22 y 24.) Nadie os quitará vuestro gozo interior, gozo el mas completo de todos. El que une su voluntad á la de Dios tiene un gozo lleno y perpetuo: lleno, porque tiene cuanto quiere, como hemos dicho ya; perpetuo, porque nadie es capaz de quitárselo, pues nadie puede impedir que en todo se cumpla la voluntad de Dios.

Cuenta de sí mismo el P. Juan

Taulero (segun el *P. Sangiure Erar. tom. 3.º y el P. Nieremb. vit. Dev.*) que despues de haber rogado por muchos años al Señor que se dignase enseñarle la verdadera vida espiritual, oyó un dia cierta voz que le decia: Vé á tal iglesia y encontrarás lo que pides. Fuése realmente á la iglesia, y halló en la puerta un miserable mendigo, descalzo y andrajoso, y le saludó diciéndole: buenos dias, amigo. Respondió el pobre: señor maestro, no tengo memoria de haber pasado un dia malo. Dios, replicó el Padre, os conceda una dichosa vida. Y dijo entonces el pobre: nunca he sido yo infeliz. Y añadió despues: atended, Padre mio, que no sin razon he dicho no haber nun-

ca tenido un mal dia; pues cuando tengo hambre, alabo á Dios; cuando nieva ó llueve le bendigo: si alguno me desprecia ó me desecha, si sufro alguna otra miseria, siempre glorifico á mi Dios. He dicho tambien que nunca he sido infeliz; y esto es una verdad, porque me he acostumbrado á querer todo aquello que quiere Dios, sin reserva; motivo por el cual, todo cuanto me acontece, sea dulce, ó amargo, lo recibo de su mano con alegría, como lo que mas me conviene, y en esto consiste toda mi felicidad. Y si por ventura, replicó el padre Taulero, os quisiese Dios condenado, ¿qué diriais entonces? Si esto quisiera Dios, contestó el mendigo, con la humildad y con todo el

amor que le tengo, me abrazaria con el Señor, y tan fuerte le estrechára, que si quisiese precipitarme en el infierno, seria menester que viniese conmigo, y de este modo me seria mas dulce estar con él en el infierno, que poseer sin él todas las delicias del cielo. ¿Y en dónde habeis hallado á Dios? dijo el Padre. Yo, respondió, hallé á Dios en el punto mismo en que dejé á las criaturas.—¿Y quién sois vos? —Soy un rey, contestó el pobre. —¿Y en dónde está vuestro reino? —Está en mi alma, en donde lo tengo todo en órden: las pasiones obedecen á la razon, y la razon obedece á Dios. Por fin, preguntóle el P. Taulero, qué era lo que le habia conducido á tanta perfec-

cion. Ha sido, respondió, el silencio, callando con los hombres para hablar con Dios, y la union que he procurado tener con mi Señor, en quien he encontrado y encuentro toda la paz de que disfruto. En suma, tal vino á ser este pobre, por la union que tenia con la divina voluntad; y no hay duda que en el seno de su indigencia fué mas rico que todos los monarcas de la tierra, y en sus sufrimientos y penas mas dichoso que todos los mundanos nadando en sus delicias mundanales.

¡Oh! qué locura la de aquellos que repugnan á la divina voluntad! Esta repugnancia no les libra de sufrir los trabajos, pues nadie puede impedir que se cumplan los de-

cretos divinos: *Voluntatis ejus quis resistit?* (*Rom.* 9, 19.) Y es lo mas sensible que los han de sufrir sin fruto, y al mismo tiempo llaman sobre sí mayores castigos por la otra vida, y mayor inquietud en esta. *Quis resistit ei et pacem habuit?* (*Job* 24.) Grite cuanto quiera el enfermo en el lecho de sus dolores; quéjese de Dios el pobre en su miseria, rabie, blasfeme cuanto quiera, no por esto evitará su mal, antes le hará mucho peor. *Quid quæris homuncio quærendo bona?* dice S. Agustin, *quære unum bonum in quo sunt omnia bona.* ¿Qué vas buscando, hombrecillo, fuera de tu Dios? procura hallar tu Dios, únete á él, estréchate con su voluntad, y vivirás siempre feliz en esta y en la otra vida.

¿Y qué otra cosa quiere nuestro Dios sino nuestro propio bien? ¿Quién podremos encontrar que nos ame mas que Dios? Su voluntad no es otra sino que nadie se pierda, que todos se salven y se hagan santos. *Nolens aliquos perire, sed omnes ad pœnitentiam reverti.* (2 *Petr.* 3, 9.) *Voluntas Dei sanctificatio vestra.* (1 *Thess.* 4, 3.) En nuestro bien ha colocado Dios su gloria, pues siendo él por su naturaleza bondad infinita, como dice S. Leon, *Deus cujus natura bonitas*, y deseando la bondad por su naturaleza difundirse, tiene Dios un sumo deseo de hacer partícipes las almas de sus bienes y de su felicidad. Y si les envia tribulaciones en esta vida, todas son para

nuestro mayor bien : *Omnia cooperantur in bonum.* (*Ad Rom.* 8, 28.) Hasta los castigos, dice Judith, no vienen de Dios para nuestra ruina sino á fin de que nos enmendemos y salvemos : *Ad emendationem non ad perditionem nostram credamus.* (*Ibid.* 8, 17.) El Señor, á fin de salvarme de los males eternos me circuye y escuda con su buena voluntad. *Domine, ut scuto bonæ voluntatis tuæ coronasti nos.* (*Ps.* 5, 1.) ¿Y qué cosa nos negaria aquel Dios, dice S. Pablo, que nos dió á su mismo Hijo? *El que aun á su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros ; ¿cómo no nos donó tambien con él todas las cosas?* (*Rom.* 8, 32.) Con esta confianza, pues, debemos abandonarnos á las

divinas disposiciones, que se dirigen todas á nuestro bien. Digamos, pues, en cualquier acontecimiento: En paz dormiré y descansaré, porque solo vos, Señor, habeis asegurado mi esperanza. *In pace in idipsum dormiam et requiescam, quoniam tu Domine, singulariter in spe constituisti me.* (*Ps.* 4.) Pongámonos todos en sus benéficas manos, pues indudablemente cuidará de nosotros. *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis.* (1 *Petr.* 5, 7.) Pensemos, pues, en Dios y en cumplir su santa voluntad, que él pensará en nosotros y en nuestro bien. Hija mia, decia el Señor á Santa Catalina de Sena, piensa en mí, que yo jamás te olvidaré. Diga-

mos á menudo con la Esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi et ego illi.* (*Cant.* 2, 9.) Mi amado piensa en mi felicidad; yo no quiero pensar sino en darle gusto y en unirme en todo con su santo querer. Decia el santo abad Nilo, que no debemos rogar al Señor que permita aquello que nosotros queremos, sino que se cumpla en nosotros su santa voluntad. Y cuando nos sobrevengan las desgracias, aceptémoslas todas de la divina mano no solo con paciencia sino con alegría, á imitacion de los apóstoles, que se *presentaban gozosos ante los tribunales, por ver que se les consideraba dignos de padecer afrentas por el nombre de Cristo.* (*Act.* 3, 41.) ¿Y qué mayor contento que el de una alma

la cual, si sufre algun trabajo sabe que con aquel espontáneo sufrimiento da á Dios el mayor gusto que puede darle? Dicen los maestros de espíritu, que si bien agradece Dios el deseo que tienen algunas almas de padecer por darle gusto, mas le place, sin embargo, la conformidad de aquellas que no quieren ni gozar ni padecer; sino que resignadas enteramente á su voluntad santa, no desean otra cosa que cumplir lo que él quiere.

Si quieres pues, alma devota, agradar á Dios, y vivir en este mundo una vida contenta, únete siempre y en todo á la divina voluntad. Considera que todos los pecados de tu vida tan amarga como desordenada han sucedido

porqué te has apartado de la voluntad de Dios. Abrázate, pues, de ahora en adelante con el divino beneplácito, y dí siempre en todo lo que te suceda: *Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* (*Matth.* 11, 26.) Hágase así, Señor, porque así te place. Cuando te sientas turbado por algun adverso acontecimiento, piensa que aquello ha venido de Dios; por donde, dí al momento: *Así lo quiere Dios*; y ponte en paz: *Obmutui et non aperui os meum, quoniam tu fecisti.* (*Ps.* 38, 10.) Señor, ya que vos lo habeis hecho, enmudezco y acepto. A este intento es menester que adereces todos tus pensamientos y tus oraciones, esto es, á procurar, á rogar siempre á Dios en la medi-

tacion, en la comunion, en la visita al SS. Sacramento que te haga cumplir su voluntad. Y tú ofrécete siempre á tí mismo diciendo: Dios mio, aquí me teneis; haced de mí y de todas mis cosas vuestra santísima voluntad. Este era el ejercicio contínuo de Sta. Teresa; cincuenta veces al dia, á lo menos, se ofrecia la Santa al Señor para que de ella dispusiese como fuera de su agrado.

¡Feliz de tí, lector mio, si así siempre lo haces! santo te harás ciertamente, tendrás una vida contenta, y una muerte mas feliz. Cuando pasa alguno á la otra vida, toda la esperanza que se concibe de su salvacion se funda en la presuncion de si ha muerto ó no resignado. Si tú así como habrás abra-

zado en vida todas las cosas venidas de Dios, abrazas tambien la muerte para cumplir su divina voluntad, indudablemente te salvarás y morirás como un santo. Abandonémonos, pues, todos sin reserva al beneplácito de aquel Señor, que siendo sapientísimo, conoce lo que mejor nos conviene, y siendo amantísimo, pues dió la vida por nuestro amor, quiere tambien para nosotros lo mejor. Estemos, pues, firmemente seguros y persuadidos, dice S. Basilio, que Dios cuida de nuestro bien, mucho mejor incomparablemente de lo que podemos hacer ó desear nosotros.

Pero vamos á ver ahora prácticamente en que cosas hemos de conformarnos con la voluntad de Dios.

Debemos en primer lugar conformarnos en las cosas naturales que acontecen fuera de nosotros, como cuando hace gran calor, gran frio, llueve, hay carestía, peste, ú otras calamidades. Guardémonos de decir ¡que calor tan insoportable! que horrible frio! que desgracia! que mala ventura! que tiempos tan desdichados! ú otros términos semejantes, en aquel sentido, se entiende, que muestra repugnancia á la voluntad de Dios. Todo debemos quererlo como es realmente, porque Dios es quien todo lo dispone. S. Francisco de Borja, llegando una noche á una casa de la Compañía en tiempo frio y nebuloso, llamó varias veces, pero como los padres dormian no se le abrió. Venido

el dia, manifestáronle aquellos religiosos el mayor sentimiento de haberle hecho esperar al descubierto; pero les dijo el Santo haber recibido en aquel tiempo un gran consuelo al pensar que Dios era quien le echaba aquellos copos de nieve.

En segundo lugar debemos conformarnos en lo que sucede dentro de nosotros, como el sufrir hambre, sed, pobreza, desolacion, deshonra. En cada una de estas cosas debemos decir siempre: Señor, vos haceis y deshaceis como os place; contento estoy, y solo quiero lo que quereis vos. Y esto mismo debemos tambien responder en aquellos supuestos casos que el demonio á veces nos sugiere en el pensamiento, á fin de ha-

cernos caer en algun culpable consentimiento, ó á lo menos para inquietarnos. Si tal persona te dijese tal palabra, si te hiciera tal accion, ¿qué dirias? qué harias? Respondamos siempre: *Diria, ó haria lo que Dios quiere*. Y de este modo nos libraremos de toda falta ó inquietud.

En tercer lugar si tenemos algun defecto natural de alma ó de cuerpo, mala memoria, ingenio tardo, poca habilidad, miembro estropeado, salud débil, no por esto debemos lamentarnos. ¿Qué mérito teníamos nosotros, ó qué obligacion tenia Dios de darnos una inteligencia mas sublime, un cuerpo mas bien formado? no podia él criarnos brutos? no podia

dejarnos en nuestra nada? ¿Quién se ha visto que recibiese algun don, y fuese imponiendo pactos al donador? Démosle gracias, pues, de lo que por pura bondad nos ha dado, y contentémonos del cómo nos ha hecho. ¿Quién sabe si, teniendo nosotros mayor talento, salud mas robusta, ó mas gallardía y gracia nos habíamos de perder? ¿A cuantos su talento y ciencia ha sido ocasion de perderse, llenándolos de vanidad y de desprecio hácia los demás; peligro en que se hallan mas fácilmente los que descuellan sobre los otros en ciencia y en talento? Para cuantos la hermosura y el vigor corporal fué ocasion de precipitarse en mil pecados? Y al contrario, ¿cuantos otros por ser

pobres ó enfermos, ó deformes en su figura se hicieron santos y se salvaron, que si hubiesen sido ricos, sanos, ó de bella presencia se hubieran condenado? Y así contentémonos de lo que Dios nos ha dado: *En verdad una sola cosa es necesaria.* (*Luc.* 10, 42.) No es necesaria la belleza, ni la sanidad, ni la agudeza de ingenio: solo el salvarse es necesario.

En cuarto lugar, y muy especialmente es preciso que estemos resignados en las enfermedades corporales, y debemos abrazarlas voluntariamente por aquel tiempo y en aquel modo que quiere Dios. Debemos, no obstante, recorrer á los remedios ordinarios, porque así lo quiere tambien el Señor:

mas si estos no ayudan, unámonos con la voluntad de Dios, que nos ayudará mucho mas que la salud misma. Por cierto que es mayor virtud en las enfermedades no lamentarse de los dolores; mas cuando estos fuertemente nos afligen, no es falta el desahogarnos con nuestros amigos, y rogar al Señor que nos libre de aquellos padecimientos. Entiendo hablar de los dolores vehementes, pues muchos son los que faltan, queriendo por el mas leve dolor ó disgusto, que todo el mundo venga á compadecerse de ellos, y á lamentarse á su lado. Por lo demás, el mismo Jesucristo, viéndose cercano á su amarguísima pasion, comunicó su pena á sus discípulos: *Triste está*

mi alma hasta la muerte. (*Matth.* 26, 38.) Y rogó á su eterno Padre que le librase de beber aquel cáliz: *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste.* (*Ib.* 39.) Pero el mismo Jesucristo nos enseñó lo que debemos hacer en tales súplicas, esto es, resignarnos luego á la divina voluntad, añadiendo: *Verumtamen, non sicut ego volo, sed sicut tu.* Con todo, no se cumpla mi voluntad sino la tuya.

¡Qué ceguera la de aquellos que dicen desear la salud, no para verse libres de las penas, sino para servir mas perfectamente al Señor, observar las reglas, servir á la comunidad, ir á la iglesia, comulgar, hacer penitencia, estudiar, dedicarse á la salud de las almas confe-

sando ó predicando! Mas, pregunto yo, devoto mio, dime, ¿porqué deseas todo esto? ¿Por dar gusto á Dios? ¿Y qué vas buscando, cuando estás cierto que el gusto de Dios no es que tú ores, comulgues, hagas penitencia, estudies ó prediques, sino que sufras con paciencia aquella enfermedad, aquellos dolores que te envia? Junta entonces tus dolores á los de Jesucristo. Pero lo que me desagrada, dirás quizá, es, que estando enfermo soy un miembro inútil, y solo sirvo de carga á la comunidad ó á la casa. Mas así como tú te resignas á la voluntad de Dios, debes tambien creer que tus superiores ó familiares se resignan á ella viendo que no por desidia tuya sino por disposicion de

Dios causas aquel gravámen á la casa. ¡Ah! que estos deseos y lamentos no nacen del amor de Dios, sino del amor propio, que va buscando pretestos para alejarte de la voluntad de Dios! ¿Queremos dar gusto á Dios? Cuando nos veamos sepultados en un lecho, digamos al Señor esta sola palabra: *Fiat voluntas tua;* y repitámosla ciento y mil veces, y con esto solo daremos mas gusto á Dios de lo que le diéramos con cuantas mortificaciones y devociones pudiéramos practicar. No hay mejor modo de servir á Dios que abrazando alegremente su voluntad. El venerable P. M. Avila (*Carta* 2.ª) escribia á un sacerdote enfermo: « Amigo, no entres »en cuentas contigo mismo sobre

»lo que harias estando en salud, »antes conténtate de estar enfer»mo todo el tiempo que Dios qui»siere. Si solo buscas como cum»plir la voluntad de Dios, ¿qué te »importa el estar sano ó enfermo?» Y en verdad que tenia razon el Venerable, porque Dios no queda glorificado con nuestras obras, sino con nuestra resignacion y conformidad con su santo beneplácito. Por esto decia tambien S. Francisco de Sales, que mas sirve con Dios el padecer que el obrar.

Muchas veces fallarán los médicos y las medicinas, ó quizás el médico no acertará en conocer nuestra enfermedad, y en estos casos preciso es tambien conformarse con la divina voluntad, que lo dis-

pone para nuestro bien. Refiérese de un hombre devoto de santo Tomás Cantuariense (l. 5, c. 1) que estando enfermo fué á visitar el sepulcro del Santo para alcanzar la salud. Regresó sano á su patria, pero decia despues consigo: mas si esta enfermedad me ayudase á salvarme, ¿de qué me sirve la salud de que disfruto? Con este pensamiento volvió al sepulcro, y rogó al Santo que pidiese á Dios lo que fuese mas conveniente para su eterna salud, y hecho esto, volvió á recaer en la enfermedad, de lo cual estuvo muy contento, teniendo por cierto que Dios así lo disponia para su bien. Cuenta asimismo Susio que un ciego recibió la vista por intercesion del obispo

S. Bedasto; pero despues rogó en sus oraciones, que si aquella vista no era conveniente para su alma, volviese ciego como antes, y despues de haber rogado, quedó efectivamente ciego como habia sido. Cuando estemos pues enfermos, lo mejor es que no pidamos ni la enfermedad ni la salud, sino que nos abandonemos á la voluntad de Dios paraque disponga de nosotros como la plazca. Mas si queremos procurar la salud pidámosla á lo menos siempre con resignacion, y condicionalmente si la salud del cuerpo conviene á la salud del alma; de otro modo semejante súplica seria imperfecta, y no será oida, porque el Señor no escucha tales súplicas, si no las acompaña la resignacion.

Al tiempo de la enfermedad le llamo yo piedra de toque para el espíritu, porque en él se descubre de que quilate es la virtud que tiene el alma. Si esta no se inquieta, no se lamenta, sino que obedece á los médicos, á los superiores, y permanece tranquila y resignada enteramente á la divina voluntad, señal es que en ella hay un fondo de virtud. Mas ¿qué se dirá de un enfermo que se lamenta y se queja de falta de asistencia? que sus penas son insoportables, que no encuentra remedio ni ayuda en su mal; que el médico es un ignorante, y hasta quizás se queja de que Dios aprieta demasiado la mano. Refiere San Buenaventura, en la vida de San

Francisco (*cap. 14*), que hallándose el Santo afligido de dolores estraordinarios, uno de sus religiosos, por pura simplicidad, le dijo: Padre, rogad á Dios que os trate un poco mas suavemente, porque parece que aprieta demasiado la mano. Lo cual oyendo San Francisco, dió un grande grito y esclamó: Escuchad, si yo no supiese que lo que decís nace de sencillez, no os quisiera ver nunca mas, por haberos atrevido á reprender los juicios de Dios. Y dicho esto, aunque muy débil y estenuado por el mal, saltó del lecho en tierra, y besándola dijo: Señor, gracias os doy por todos los dolores que os dignais enviarme, y aun os suplico que me envieis mas, si tal

es vuestro querer. Mi gusto es que me aflijais sin lástima, porque el cumplimiento de vuestra voluntad es el mayor consuelo que en esta vida puedo tener.

Asimismo debemos portarnos en la pérdida que tal vez suframos de las personas útiles á nuestro provecho temporal ó espiritual. Muy á menudo faltan en esta parte las almas devotas, no resignándose á las divinas disposiciones. Nuestra santificacion no nos ha de venir de los padres espirituales, sino de Dios. Ya quiere Dios que nos valgamos de directores para la guia del espíritu, cuando nos los da; pero cuando nos los quita quiere que nos contentemos, aumentando entonces la confianza en su divina

bondad, diciendo: Señor, vos me habiais dado esta ayuda; ahora me la habeis quitado: cúmplase siempre vuestra voluntad; mas ahora suplid vos, y enseñadme qué debo hacer para serviros. Y de este mismo modo hemos de aceptar de las manos de Dios todas las demás cruces que nos envie. Mas, direis tal vez, estas penas son castigos que Dios envia en esta vida; no son gracias ni beneficios. Si le habíamos ofendido, debíamos de un modo ú otro satisfacer la divina justicia en esta vida ó en la otra. Por esto debemos decir todos con S. Agustin: *Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas.* Abrasa aquí, seca, no perdones, para que en la eternidad perdones;

y con el santo Job: *Hæc sit mihi consolatio, ut affligens me dolore, non parcas*. (6, 10.) Y mi consuelo seria que sin perdonarme, fuese affligiéndome con dolores. El que ha merecido el infierno, debe consolarse al ver que Dios le castiga, pues esto debe animarle y hacerle esperar que Dios quiera librarle del eterno castigo. Digamos, pues, en los castigos que Dios envia, lo que decia el sacerdote Helí: *Dominus est; quod bonum est in oculis suis, faciat*. (*Lib*. 1 *Reg*. 3, 18.) Es el Señor; haga pues lo que parezca bueno á sus divinos ojos.

Debemos además estar resignados en las desolaciones de espíritu. Suele el Señor, cuando un alma se entrega á la vida espiri–

tual, llenarla, colmarla de celestes consolaciones para despegarla de los gustos del mundo; pero despues, cuando la ve mas arraigada en la vida del espíritu, retira su mano para probar el amor que le tiene, y ver si le sirve y ama sin paga acá en la tierra de gustos sensibles. *Mientras se vive*, dice Santa Teresa, *no está la ganancia en procurar gozar mas de Dios, sino en hacer su voluntad.* Y en otro lugar: *No consiste el amor de Dios en ternezas, sino en servirle con fortaleza y humildad* Y en otro pasaje: *Con aridez y tentaciones prueba Dios á los que ama.* Agradezca al Señor el alma cuando se ve acariciada con dulzura; mas no debe afligirse é inquietarse cuando se ve abando-

nada en desolacion. Preciso es tener mucho cuidado en este punto, porque algunas almas, sintiéndose áridas, piensan que Dios las ha abandonado, ó que no hace para ellas la vida espiritual; y así dejan la oracion y pierden todo cuanto han trabajado. No hay tiempo mas precioso para ejercitar nuestra resignacion á la voluntad de Dios, que la ocasion en que se esperimenta aridez de espíritu. No quiero yo decir que no sintais pena en veros privadas de la presencia sensible de vuestro Dios: semejante privacion no puede dejar de hacer sufrir al alma, cuando el mismo Redentor se lamentó de ella, pendiente de la cruz: *Dios mio, Dios mio, ¿porqué me has desamparado?*

(Matt. 27, 46.) Mas en medio de su pena, debe del todo resignarse á la voluntad de su Señor. Todos los Santos han padecido estas desolaciones y abandonos de espíritu. ¿Qué dureza de corazon es la que siento? esclamaba S. Bernardo: ningun saber encuentro en la leccion, ni me place el meditar, ni el orar. Por lo comun los Santos han probado mas aridez que consolacion de espíritu. Estas consolaciones sensibles no las concede el Señor sino muy rara vez, y tal vez á las almas mas débiles, para que no se arredren en el camino espiritual: las delicias que hacen parte de la corona del premio se las guarda para el paraíso. La tierra en que habitamos es lugar de adquirir

méritos por medio de los sufrimientos: el cielo es el lugar de las mercedes y de los goces. Así que en este mundo lo que han deseado y buscado los Santos no es el fervor sensible con el gozar, sino el fervor de espíritu con el padecer. Decia el venerable Juan de Avila: *(Audi fil. c. 26.) Oh! cuanto mejor es estar en aridez y tentaciones con la voluntad de Dios, que en la contemplacion sin ella!*

Dirás tal vez: si yo supiera que semejante desolacion viene de Dios, estaria contento; pero lo que me aflige y me inquieta es el temor de que venga por culpa mia, ó en castigo de mi tibieza. Pues bien, quitad la tibieza y poned un poco mas de celo. Mas, porque os hallais

en alguna oscuridad de espíritu, ¿quereis inquietaros, dejar la oracion, y labrar así vuestra desgracia? Acepta, cristiano, la aridez por castigo, como tú dices. Y este castigo ¿quién te lo envia? ¿No es Dios? Acéptale, pues, como castigo que tienes muy bien merecido, y únete estrechamente con la divina voluntad. ¿No dices tú que eres digno del infierno? por qué, pues, te lamentas ahora? mereces acaso que Dios te envie consuelos? ¡Ah! conténtate del modo con que te trata Dios, prosigue la oracion y la senda que has empezado, y teme de hoy en adelante que tus lamentos no provengan de poca humildad y de poca resignacion á la voluntad de Dios. Cuando un alma se pone

en oracion, no puede sacar de ella mayor provecho que unirse á la divina voluntad. Y así, resígnate, y dí: Señor, yo acepto esta pena de vuestras manos, y la acepto en cuanto agrada á vos; si quereis que yo sufra esta afliccion por toda la eternidad, contento estoy tambien. Y así, aquella oracion, bien que fatigosa, te ayudará y servirá mas que todas las dulzuras y todos los consuelos.

Mas no siempre hemos de pensar que la aridez sea castigo, pues muchas veces la dispone Dios para nuestro mayor provecho, y para conservarnos humildes. Para que S. Pablo no se envaneciese de los dones que habia recibido, permitió el Señor que fuese atormentado

de tentaciones impuras: *Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce. me ha sido dado un aguijon de mi carne, el ángel de Satanás, que me abofetee.* (2 Cor. 12, 7.) El que hace oracion sintiendo dulzura interior, no hace gran cosa. No tuvierais por verdadero amigo al que solo os acompañase en vuestra mesa, sino al que os asistiese en los trabajos, y sin ningun interés. Cuando Dios envia oscuridad y desolacion, entonces prueba á sus verdaderos amigos. Palladio padecia gran tedio en la oracion, fué á encontrar á S. Macario, y este le dijo: *Cuando el pensamiento te dice que dejes la oracion, respóndele: yo por amor de Jesucristo me contento de estar aquí à guardar las paredes de es-*

ta celda. Esta, pues, debe ser la respuesta cuando te sientas tentado á dejar la oracion, porque te parece que pierdes el tiempo: dí entonces: *Aquí estoy para dar gusto á Dios.* Decia S. Francisco de Sales, que aun cuando en la oracion no hagamos otra cosa mas que combatir con las distracciones y tentaciones, ya la oracion está bien hecha. Así dice Taulero que el que persevera en la oracion, á pesar de la aridez, Dios le hará mayor gracia que si hubiera orado mucho con gran copia de devocion sensible. Cuenta el P. Rodriguez de cierta persona que decia que en cuarenta años de oracion no habia nunca sentido consuelo alguno; pero en los dias en que la hacia, sentíase fuerte en la virtud; mas si algun dia la dejaba,

esperimentaba una flaqueza tal que le hacia inhábil para toda cosa buena. Dicen S. Buenaventura y Gerson que muchos sirven mas á Dios no pudiendo lograr el deseado recogimiento, que si realmente le tuviesen, pues de este modo viven con mayor diligencia y humildad; y de lo contrario tal vez se envanecieran y serian menos fervorosos, pensando haber encontrado ya lo que buscaban. Y lo que decimos de la aridez de espíritu, es aplicable igualmente á las tentaciones. Debemos poner el mayor cuidado en apartar las tentaciones; mas si quiere Dios ó permite que seamos tentados contra la fe, contra la pureza ó contra otra virtud, no debemos lamentarnos, sino resignarnos tambien en esto al divino querer. A San

Pablo que rogaba ser librado de la tentacion de impureza, respondió el Señor: *sufficit tibi gratia mea.* Y así, si vemos tambien nosotros que Dios nos escucha en eximirnos de alguna molesta tentacion, digamos al Señor: Haced, Dios mio, y permitid lo que sea de vuestro agrado: bástame vuestra gracia, pero asistidme para que no la pierda jamás. No son las tentaciones las que hacen perder la divina gracia, sino el consentir á ellas. Las tentaciones, cuando por medio de la divina gracia logramos vencerlas, nos mantienen mas humildes, nos hacen adquirir mas méritos, nos hacen recorrer á Dios mas á menudo, y así nos conservan mas distantes de ofenderle, y nos unen mas íntimamente á su santo amor.

Debemos finalmente unirnos con la voluntad de Dios en cuanto á nuestra muerte, en el tiempo y en el modo que Dios la disponga. Santa Gertrudis (*l.* 1 *vita c.* 12) subiendo un dia una colina, resbaló y cayó en un valle. Preguntáronle sus compañeras si habia temido morir sin Sacramentos. Respondió la Santa: Mucho deseo morir con Sacramentos, pero prefiero la voluntad de Dios, pues estoy bien convencida que la mejor disposicion para morir bien es la de conformarse á lo que Dios quiere, y así yo deseo aquella especie de muerte, cualquiera que sea, que sea del agrado de Dios enviarme. Refiere S. Gregorio en sus Diálogos (1. 3, c. 37) que los Vándalos, habiendo condenado á morir cierto sacerdote

llamado Santolo, le dieron libertad para que escogiera el género de muerte que quisiera; mas el santo varon se denegó á escoger, diciendo: estoy en las manos de Dios, y recibiré la muerte que él permitirá que vosotros me hagais sufrir: no quiero otra muerte que aquella. Agradó tanto al Señor este acto heróico de conformidad, que habiendo aquellos bárbaros determinado el cortarle la cabeza, hizo detener prodigiosamente el brazo del verdugo; y á vista de este milagro, se decidieron aquellos á concederle la vida. En cuanto al modo, pues, debemos tener por la mejor muerte aquella que Dios tenga determinada. Salvadnos, Señor, digamos siempre que pensemos en nuestra muerte, y ha-

cednos morir como os plazca.

De la misma manera debemos conformarnos al cuando hemos de morir. ¿Qué otra cosa es este mundo sino una cárcel en donde estamos encerrados para padecer, y en peligro de perder á Dios á cada momento? Esto hacia esclamar á David: *Saca mi alma, Señor, de la custodia de mi cuerpo.* (*Ps.* 141, 8.) Este mismo temor hacia suspirar por la muerte á santa Teresa, la cual, cada vez que oia el reloj se consolaba con el pensamiento que habia pasado ya una hora de su vida, una hora de peligro de perder á Dios. Decia el P. M. Ávila, que cualquiera persona que se encuentre en medianas disposiciones, debe desear la muerte, por razon del peligro en que se vive de perder

la gracia divina. ¿Qué cosa mas dulce y mas apetecible que asegurarnos por medio de una buena muerte no poder ya perder jamás la gracia de nuestro Dios? Pero yo, dirás tú, nada he hecho aun, nada he adquirido para el alma. Mas si quiere Dios que ahora acabes la vida, ¿qué harias despues, si vivieras contra la voluntad de Dios? ¿Y quien sabe si entonces acabarias con tan buena muerte como puedes esperar ahora? ¿Quien sabe si, maleándose tu voluntad, cayeras en otros pecados y te condenarias? Y cuando no fuese otra cosa, no puedes, viviendo, vivir sin pecados, á lo menos ligeros. *¿Porqué pues*, esclama S. Bernardo, *porqué deseas una vida en la cual cuanto mas vivimos, tanto mas pe-*

camos? (*Med. cap.* 8.) Y es muy cierto que mas desagrada á Dios un solo pecado venial, de lo que le agradan todas las obras santas que podemos practicar.

Añadamos á esto, que quien desea friamente el paraíso, da indicios de poco amor á Dios. El que ama de veras, desea la presencia de la persona amada; y como nosotros no podemos ver á Dios, sin dejar la tierra, de ahí es que todos los Santos han suspirado por la muerte, para ir á gozar la vista de su amado dueño. Así suspiraba San Agustin: *Ah! dejadme morir para ver*: *Eja moriar ut videam.* Decia S. Pablo: *Deseo con ardor la disolucion de mí cuerpo para estar con Jesucristo.* (*Ad Philip.* 1, 23.) Y Da-

vid esclamaba: ¿Cuando iré á gozar de la cara de Dios? *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* (*Ps.* 41, 3.) Y esto mismo desean ardientemente todas las almas enamoradas de Dios. Refiere un autor (*Flores Enrel. Graul.* 4, *c.* 68) que yendo un dia á caza un caballero en una selva, oyó un hombre que cantaba dulcemente; se internó, y encontró á un infeliz leproso, medio devorado ya por la lepra, y le preguntó si era él el que cantaba. Sí, el mismo soy, señor, respondió el leproso. ¿Y como puedes, replicó el caballero, cantar así, y estar contento con unos dolores que te van arrancando la vida? Entre Dios y yo, señor mio, contestó el paciente, no hay mas muro

de separacion que este fango de mi cuerpo: quitado este impedimento, iré á gozar de mi Dios. Y viendo que cada dia se me va cayendo á trozos, me lleno de júbilo, y canto.

Por último, aunque en los grados de gracia y de gloria, hemos tambien de conformarnos con la divina voluntad, debemos es verdad estimar todo lo que pertenece á la gloria de Dios; pero mas aun su voluntad. Debemos desear amarle mas que los serafines; pero no hemos de querer otro grado de amor que el que haya el Señor determinado darnos. Decia el P. Maestro Avila (*Audi filii. c.* 13): *No creo que haya existido santo que no haya deseado ser mejor de lo que era; mas este deseo no le quitaba la paz, pues no lo deseaba por propia ambicion,*

sino por Dios, de cuya distribucion se contentaba, aunque le hubiese dado menos: teniendo antes por verdadero amor el contentarse del que Dios le daba, que el desear tener mucho. Lo cual viene á decir, como esplica el P. Rodriguez, (*trat.* 8, *c.* 30) que si bien debemos andar muy solícitos en procurar la perfeccion por todos los medios posibles, para que no nos sirva de escusa la propia desidia y tibieza, como hacen aquellos que dicen: Dios me lo ha de dar, yo no puedo llegar sino hasta aquí; con todo, cuando faltamos, no debemos perder la paz y la conformidad á la voluntad de Dios por haber permitido nuestro defecto, ni debemos desmayar, antes bien levantarnos al momento de aquella caida, humillándonos

con el arrepentimiento; y buscando mas ayuda en el Señor, proseguir el camino. De la misma manera, aunque podemos desear juntarnos en el cielo al coro de los serafines, no ya por tener mas gloria nosotros, sino para dar mas gloria á Dios, y con mas intensidad amarle; debemos empero resignarnos á su divino querer, contentándonos con aquel grado que se digne concedernos por su misericordia.

Seria además un defecto harto remarcable el desear tener dones de oracion sobrenatural, y singularmente éstasis, visiones y revelaciones. Antes bien aconsejan los directores de espíritu que aquellas almas favorecidas de Dios con semejantes gracias, deben rogarle que les prive de ellas, paraque así el

alma le ame por medio de la simple fe, que es lo mas seguro. Muchísimos han llegado á la perfeccion sin estas gracias sobrenaturales: las virtudes son las únicas que elevan el alma á la santidad, y principalmente la conformidad á la voluntad de Dios. Y si Dios no quiere levantarnos á un grado sublime de perfeccion y de gloria, conformémonos en todo á su santa voluntad, rogándole que á lo menos nos salve por su misericordia. Y si así lo hacemos, no será corta la recompensa que por su infinita bondad nos dará nuestro buen Dios, el cual ama sobre todo las almas resignadas.

En suma, debemos mirar todo cuanto nos sucede y haya de suceder como dimanado de la mano de

Dios. Y todas nuestras acciones debemos dirigirlas al solo fin de hacer la divina voluntad, y hacerla solo porque Dios así lo quiere. Y para andar en esto con toda seguridad, es necesario que nos sujetemos á la guia de nuestros superiores en cuanto á lo esterior, y de nuestros directores en cuanto al interior, con el fin de saber por estos lo que Dios quiere de nosotros, teniendo grande fe en las palabras de Jesucristo que ha dicho: *El que á vosotros oye, á mí me oye*. (*Luc.* 10, 16.) Y sobre todo apliquémonos á servir á Dios en aquella via por la cual quiere Dios ser de nosotros servido. Digo esto para evitar el engaño de algunos que pierden el tiempo diciendo: si yo estuviese en un desierto, si entrase en un

monasterio, si habitase en otro lugar fuera de esta casa, léjos de estos parientes ó compañeros, me santificaria, haria tales penitencías, practicaria tales oraciones. Y mientras va diciendo que haria, que haria, sufre con disgusto aquella cruz que Dios le envia, y no caminando por aquella senda que Dios quiere, no se hace santo, antes va de mal á peor. Tales deseos son á veces instigaciones del demonio, pues nunca serán segun la voluntad de Dios; así que es preciso desecharlas, y animarnos á servir al Señor por aquella única senda en que nos ha puesto. Haciendo su voluntad, indudablemente nos haremos santos, en cualquier estado en que el Señor nos ponga. Queramos, pues, siempre solo lo que quiere

Dios, pues haciéndolo así, él nos unirá estrechamente con su corazon divino. A este fin, hagámonos familiares algunos pasajes de la Escritura, que nos inviten á unirnos siempre con la divina voluntad: *Domine, quid me vis facere?* Decidme, Dios mio, que quereis de mí, pues á todo estoy dispuesto. *Tuus sum ego; salvum me fac.* (*Ps.* 118, 94.) No soy ya mio, sino vuestro: haced, Señor, de mí lo que os pluguiere. Y en especial, cuando nos acontece alguna adversidad mas aflictiva, muerte de padres ó hijos, pérdida de bienes, ú otras. *Ita Pater*, (digamos siempre) *ita Pater; quia sic fuit placitum ante te.* (*Matth.* 11, 26.) Sí, Dios y Padre mio, así se haga, porque así es de tu agrado. Aprovechémonos sobre

todo con especial prediléccion de la oracion enseñada por él mismo Jesucristo: *Fiat voluntas tua, sicut in cœlo et in terra.* Decia el Señor á Santa Catalina de Génova que dijese siempre el *Pater noster*, afirmándose particularmente en aquellas palabras, y rogando que su santa voluntad se cumpla en este mundo con la misma perfeccion con que la cumplen los Santos en el cielo. Hagámoslo así tambien nosotros, y nos santificaremos indudablemente.

Sea para siempre amada y ensalzada la DIVINA VOLUNTAD, *y la bienaventurada é inmaculada* VÍRGEN MARÍA.

MODO
DE HABLAR FAMILIARMENTE
CON DIOS,

OPÚSCULO ESCRITO EN ITALIANO

Por S. Alfonso Ligorio;

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR F. A. Y LL.;

revisto y corregido

POR

D. Joaquin Roca y Cornet,

MODO

DE HABLAR FAMILIARMENTE

CON DIOS.

PASMÁBASE el santo Job, considerando á nuestro Dios tan solícito en colmar de bienes al hombre, que parece no anhelar otra cosa su corazon sino amar al hombre y ser amado de él. De aquí es, que hablando con el Señor esclamaba: *¿Qué cosa es el hombre*

para que le engrandezcas? Y ¿ porqué pones sobre él tu corazon? (Job 7, 17.) Sin embargo, seria un engaño la creencia de que, el tratar familiarmente con Dios, es falta de respeto para con su divina majestad. Es de tu deber, sí, ó alma piadosa, respetarle con la mayor humildad y postrarte en su presencia, especialmente al recordar las ingratitudes y ultrajes que contra él has cometido en lo pasado; pero esto no debe impedirte el tratarle con un amor el mas tierno y confidencial que te sea posible, porque al paso que es majestad infinita, es tambien infinita bondad é infinito amor. Tienes en Dios el Señor mas eminente que pueda hallarse, pero tienes tambien en él

un amante el mas tierno que pueda existir. No se desdeña, antes bien gusta, de que le trates con aquella confianza, libertad y ternura de que usa el inocente niño con su indulgente y cariñosa madre. He aquí como nos convida á que nos arrojemos á sus pies y las caricias inefables que nos promete: *Llevados sereis á los pechos y sobre las rodillas os acariciarán. Como la madre acaricia á su hijo, así yo os consolaré.* (*Is.* 66, 12 y 13.) A semejanza de una buena madre que se deleita en poner su hijo sobre las faldas y en darle alimento y acariciarle en ellas, con igual ternura se complace Dios en tratar con las almas queridas, que se han entregado enteramente á él y han

puesto en su bondad todas sus esperanzas.

2. Piensa que no hay para tí amigo, padre, madre, esposo, ni amante que te profese un amor igual al que te profesa tu Dios. La divina gracia es aquel inestimable tesoro, por cuyo medio nosotros viles criaturas y siervos humildes, nos hacemos amigos de nuestro propio Criador: *Porque es un tesoro infinito para los hombres, que à cuantos han usado de él los ha hecho participantes de la amistad de Dios y recomendables por los dones de la doctrina.* (*Sab.* 7, 14.) A este fin, pues, para aumentar el Señor nuestra confianza, *exinanivit semetipsum*, se anonadó humillándose hasta hacerse hombre, para co-

municarse familiarmente con nosotros: *Y conversó con los hombres.* (*Bar.* 3, 38.) Llegó á hacerse niño y á hacerse pobre y hasta se dejó crucificar públicamente. Mas aun: llegó en su infinita bondad á ocultarse bajo la especie de pan, para hacerse nuestro perpetuo compañero y unirse íntimamente con nosotros: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.* (*Joan.* 6, 57.) En suma, es tal su amor para con nosotros, que parece somos su único amor; y por esto es que no debes amar á otro mas que á tu Dios. Así, pues, debes decirle: *Mi amado para mí y yo para él.* (*Cant.* 2, 16.) Se me entregó todo sin reserva y por tanto yo me entrego enteramente á

él; me ha hecho su elegido y yo le elijo entre todo cuanto existe por único objeto de mi amor: *Mi amado es blanco y rubio, escogido entre millares.* (*Cant.* 5, 10.)

3. Dile pues á menudo: Señor mio, ¿porqué me amais tanto? ¡de cuantos beneficios me habeis colmado! ¿olvidasteis acaso las injurias que os he hecho? Mas toda vez que me habeis tratado con tanto amor, que léjos de condenarme al infierno me habeis concedido tantas gracias, ¿á quien he de amar de hoy en mas, sino á vos, mi bien, mi todo? ¡Ah! Dios mio amabilísimo! Si os pude ofender en lo pasado, lo que mas me aflige no es tanto la pena á que me hice acreedor, cuanto el disgusto que-

os he dado á vos, digno de infinito amor. Pero en vos no cabe despreciar un corazon que se arrepiente y se humilla: *No despreciarás, ó Dios mio, el corazon contrito y humillado.* (*Ps.* 59, 19.) ¡Ah! solo á vos deseo, ya en esta vida y en la futura: *Porque ¿qué hay para mí en el cielo? ¿y fuera de tí qué he querido sobre la tierra? Dios de mi corazon, y mi porcion, Dios para siempre.* (*Ps.* 73, 25.) Vos solo sois y sereis siempre el único Señor de mi corazon y de mi voluntad; solo vos mi único bien, mi paraíso, mi esperanza, mi amor y mi todo: *Dios de mi corazon, y mi porcion, Dios para siempre.*

4. Y para confirmar mas tu confianza en Dios, recuerda á menudo

la conducta amorosa de que ha usado para contigo, y los piadosos medios de que se ha valido para alejarte de una vida desordenada y de tus afectos terrenales, á fin de hacerte digno de su amor. Teme mas bien y tiembla de tratar con poca confianza con tu Dios, toda vez que te hallas en la firme resolucion de amarle y complacerle cuanto te sea posible. La misericordia continua que te ha concedido es la mas segura prenda del amor que te profesa. La desconfianza desagrada á Dios en aquellas almas que le aman de corazon y son de él tiernamente amadas. Si quieres, pues, complacer á su corazon amoroso, trátale de hoy en adelante con la confianza

y ternura mayor que en tí quepa.

5. *He aquí que te he grabado en mis manos : tus muros están siempre delante de mis ojos.* (*Is.* 49, 16.) Alma querida, dice el Señor, ¿porqué tiemblas? porqué desconfías? tu nombre he escrito en mi mano para no olvidarme jamás de colmarte de beneficios. ¿Temes, acaso, á tus enemigos? Sabe que el cuidado de tu defensa está siempre á mi vista y no puedo olvidarte jamás. Por esto David se regocijaba diciendo á Dios : *Nos has coronado, Señor, de tu buena voluntad como con escudo.* (*Ps.* 5, 13.) ¿Quién, Señor, podrá ya dañarnos, si con vuestra bondad y amor, Dios mio, nos defendeis y rodeais por todas partes? Sobre todo forta-

lece tu confianza pensando en el don que nos hizo de su hijo Jesucristo: *Porque de tal manera amó Dios al mundo que dió á su hijo unigénito.* (*Jo.* 3, 16.) ¿Como podremos temer, dice el Apóstol, que Dios nos niegue bien alguno, despues que se dignó darnos su mismo y único hijo? *El que aun á su propio hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros: ¿como no nos donó tambien con él todas las cosas?* (*Rom.* 8, 32.)

6. *Y mis delicias están con los hijos de los hombres.* (*Prov.* 8, 31.) El corazon del hombre es, por decirlo así, el paraíso de Dios. Y ya que Dios te ama ámale tú tambien. Sus delicias están en habitar contigo; sean, pues, las tuyas estar siem-

pre con él, y pasar todo el tiempo de tu vida con aquellos que esperan pasar la eternidad feliz en su amable compañía.

7. Acostúmbrate á hablarle familiarmente á solas y con la confianza y amor de que usarias con el amigo á quien mas estimas y que mas te quiere. Y si como dijimos, es grande error el tratar á Dios con desconfianza y el comparecer siempre á su presencia como un esclavo tímido y vergonzoso delante de su príncipe, temblando atemorizado; mayor error será creer que platicar con Dios, no es mas que tedio y amargura. No, no es verdad: *Porque no trae sinsabor alguno su trato familiar ni tedio su compañía.* (*Sap.* 8, 16.) Pregúnta-

selo á las almas que le aman con un amor verdadero y te dirán que en las penas y contratiempos de su vida no hallan alivio mejor ni mas dulce que el de conversar amorosamente con Dios.

8. No se te pide tampoco una aplicacion tan continua por la cual olvides todas tus tareas y recreaciones. Unicamente se te pide que sin descuidar tus ocupaciones hagas para con Dios lo que haces cuando llega el caso con aquellos que te aman y á quienes amas.

9. Dios se halla siempre á tu lado, ó mejor dicho, dentro de tí mismo: *Porque en él mismo vivimos, nos movemos y somos.* (*Act.* 17, 28.) Nada detiene al que desea hablarle,

antes al contrario, agrada á Dios que trates confidencialmente con él. Refiérele tus negocios, tus designios, tus penas, tus temores y todo cuanto te pertenezca. Pero sobre todo hazlo con confianza y con el corazon abierto, porque Dios no acostumbra hablar con el alma que no le habla, pues no estando avezada á tratar con él, poco entenderá sus palabras cuando se digne hablarle. Por esto se queja el Señor (*Cant.* 8, 8): *Nuestra hermana es muy niña con respecto á mi amor; ¿como le hablaré si no entiende mis voces?* Dios no quiere ser mirado como el Señor mas poderoso y tremendo sino cuando menospreciamos su gracia; pero cuando le amamos, quiere le tra-

temos como el amigo mas afectuoso y que le hablemos á menudo con familiaridad y sin sujecion alguna.

10. Es verdad que Dios debe ser siempre sumamente reverenciado; pero cuando te concede la gracia de sufrirte en su presencia y desea le hables como á quien mas te ama, esprésale tus sentimientos con libertad y confianza: *Ella previene á los que la codician, y se les muestra á ellos la primera.* (*Sap.* 6, 14.) Sin aguardar á que vayas á su encuentro, cuando deseas su amor, te previene y se presenta á tí con las gracias y solaces de que necesitas. Solo espera que le hables, para demostrarte que vela junto á tí, y que está pronto para oirte y

consolarte : *Sus oidos están atentos á las súplicas que ellos le hacen.* (*Ps.* 33, 16.)

11. Nuestro Dios por su inmensidad se halla en todas partes; pero dos son los principales lugares donde tiene su propia morada : una es en el cielo empíreo, donde está presente para la gloria que comunica á los elegidos; el otro sobre la tierra en el alma humilde que le adora: *tiene su morada en el alma del que se arrepiente y se humilla.* (*Is.* 57, 16.) Dios que mora en la altura de los cielos, no se desdeña de comunicarse dia y noche con sus fieles siervos, en sus grutas ó celdas, y hacerles partícipes de sus divinos consuelos, de los cuales uno solo supera todas

las delicias que puede prestar el mundo, y que solo desea el que los gusta: *gustad y ved cuan suave es el Señor*. (*Ps.* 33, 9.)

12. Los demás amigos del mundo tienen horas en que se hablan y otras en que se separan; pero entre Dios y tú no habrá, si quieres, un solo momento de separacion: dormirás y Dios estará á tu lado y te estará velando. (*Prov.* 4, 24.) Cuando duermes no se aparta de tu cabecera y piensa siempre en tí, para que si despiertas en medio de la noche pueda hablarte con sus inspiraciones y recibir cualquiera acto de amor, de ofrecimiento, ó de gratitud, y no privarte aun en aquellas horas de su amable y dulce conversacion. Y aun á veces estan-

do tú dormido te hablará en sueños y te hará oir su palabra, para que al despertarte le des cumplida ejecucion: *le hablaré por sueños.* (*Num.* 12, 6.)

13. Por la mañana se halla contigo tambien pronto á oir de tí alguna palabra de confianza ó afecto, y para ser depositario de tus primeros pensamientos y de todas las obras que para complacerle prometes hacer en aquel dia, como tambien de todas las penas que le ofreces padecer gustoso por su gloria y amor. Pero así como por su parte jamás falta á presentársete al punto que te despiertas, así tampoco faltes por tu parte á dirigirle al momento una mirada amorosa, y congratularte de que no está lé-

jos de tí, cual lo estuvo un dia á causa de tus pecados; y como te ama y quiere ser amado de tí, te recuerda entonces aquel amable precepto: *amarás al Señor Dios tuyo de todo corazon.* (*Deut.* 6, 5.)

14. Jamás olvides, pues, ponerte en su presencia como lo hace la mayor parte de los hombres. Háblale lo mas á menudo que te sea posible, porque esto ni le cansa ni desdeña el escucharnos, como lo hacen los señores de la tierra. Si verdaderamente le amas no te pesará de hablarle. Dile cuanto ocurre en tí y en tus cosas, como se lo dirias á un amigo querido. No lo consideres como á un príncipe altanero que no quiere tratar sino con grandes, ó de cosas grandes:

complácese nuestro Dios en descender hasta tratar con nosotros, y gusta de que le comuniquemos nuestros asuntos, aun los mas insignificantes y triviales. Te ama tanto y tanto desea poseer tu corazon que parece eres tú su único amor y cuidado. Y es tanto lo que le ocupan tus intereses que nadie dijera sino que su providencia entera se aplica en aliviarte, toda su omnipotencia en socorrerte, su misericordia y bondad en compadecerte, en cautivarte á fuerza de beneficios y en ganar tu confianza y tu amor. Ábrele, pues, con libertad todo tu corazon, y ruégale te sirva de guia y de maestro para ejecutar completamente su santa voluntad. Dirige todos tus deseos y conatos á

merecer su beneplácito y á complacer su divino corazon: *Y pídele que enderece tus caminos y que se establezcan en él todos tus consejos.* (*Job.* 4, 20.)

15. Dirás acaso: ¿para qué manifestar á Dios todas mis necesidades, si él, mejor que yo las ve y las conoce? Las sabe, sí, pero hace como si no las conociese, dejando aquello de que no le hablas y para lo cual no imploras su socorro. No se ocultaba á nuestro Salvador la muerte de Lázaro, y sin embargo no manifestó que la supiera hasta que se lo dijo la Magdalena, consolándola entonces con anunciarle la resurreccion de su hermano.

16. Así, pues, cuando te aflija alguna enfermedad, tentacion, per-

secucion ú otra pena cualquiera, ruégale al punto, y él te alargará su mano bienhechora; bastará le espongas la tribulacion que sufres diciendo: *mirad, Señor, que me encuentro lleno de tribulaciones*; pues él no dejará de consolarte ó de darte al menos valor para sufrir con paciencia aquel trabajo; y te resultará de ello un bien mayor que si de él te librase. Comunícale todos los pensamientos que te atormentan, ya sean de temor ó de tristeza, y dile: Dios mio, en vos fundo todas mis esperanzas: os ofrezco esta tribulacion y me resigno á vuestra voluntad: habed piedad de mí, libradme de ella, ó dadme fuerzas para soportarla. No temas, no, que falte á la promesa que nos hizo en el

Evangelio de consolar á los afligidos ó confortarlos siempre que recorran á él: *venid á mí todos los que teneis trabajos y estais cargados, y yo os aliviaré.* (*Mat.* 11, 28.)

17. No se ofenderá de que en tus tribulaciones acudas á tus amigos para que te den algun consuelo, pero quiere que recorramos principalmente á él. Cuando no baste el socorro que has implorado de las criaturas, acude á tu Criador y dile: Señor, los hombres solo hallan palabras para mi consuelo, *verbori amici mei;* ni pueden consolarme ni quiero yo ser consolado por ellos; vos sois toda mi esperanza, mi amor todo, de vos solo quiero recibir consuelo, y la consolacion sea que haga yo en esta

ocasion lo que mas os agradáre: pronto estoy á sufrir este trabajo por el resto de mi vida y aun por toda la eternidad, si es este vuestro gusto: solo imploro vuestra ayuda.

18. No temas disgustarle si alguna vez te quejas dulcemente á él diciéndole: *¿ Porqué, Señor, os habeis alejado tanto?* Señor, vos sabeis muy bien que os amo y que solo deseo vuestro amor; por favor amparadme, no me abandoneis. Y si la afliccion no cesa, une tus clamores con los de Jesus afligido y moribundo sobre la cruz, y dile implorando piedad: *Deus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Dios mio! Dios mio! porqué me desamparaste?* (*Mat.* 27, 46.) Pero esto sírvate únicamente para humillarte

mas, pensando que no merece ser consolado el que ofendió á su Dios; y para mas fortalecer tu confianza, considera que cuanto permite ó hace Dios, tiende infaliblemente á tu bien: *todas las cosas contribuyen al bien.* (*Rom.* 8, 28.) Cuanto mas confuso y desconsolado te sintieres, esclama con fortaleza de ánimo: *el Señor es mi lumbre y mi salud; ¿á quién temeré?* (*Ps.* 26, 1.) Señor, vos me iluminareis, vos me salvareis sin duda, en vos pongo toda mi confianza: *en tí, Señor, he puesto mi esperanza; no sea yo jamás confundido.* (*Ps.* 30, 1.) Y así recobrarás la tranquilidad, al pensar que jamás se perdió hombre alguno que puso en Dios sus esperanzas. *Ninguno de los que confiaron en el*

Señor quedó burlado. (*Eccli.* 2, 11.) Persuádete que Dios te ama mucho mas de lo que puedes amarte tú mismo; ¿qué puedes temer? Consolábase David diciendo: *el Señor cuidadoso está de mí.* (*Ps.* 39, 18.) Dile, pues: Señor, me abandono á vuestros brazos, no quiero pensar sino en amaros y complaceros: pronto estoy para hacer cuanto sea de vuestro agrado. No solo vos deseais ardientemente mi bien, sino que estais solícito por mi felicidad y os tomais el cuidado de mi salud. Descanso y descansaré siempre en vos, toda vez que quereis ponga en vos todas mis esperanzas: *porque tú, Señor, de una manera singular me has afirmado en la esperanza.* (*Ps.* 4, 10.)

19. *Sentid bien del Señor y buscadle con sencillez de corazon.* (*Sab.* 1.) Con estas palabras nos exhorta el Sabio á tener mas confianza en la divina misericordia que temor de la divina justicia, porque Dios está infinitamente mas inclinado á la beneficencia que al castigo, como dice el apóstol Santiago. (*Ep.* 2, 13): *la misericordia triunfa sobre el juicio.* Ya tambien el apóstol San Pedro nos advierte que cuando tememos por nuestros intereses así temporales como espirituales, debemos abandonarnos enteramente á la bondad de nuestro Dios, que se interesa eficazmente por nuestra salud: *poniendo en las manos de su providencia todas vuestras solicitudes, porque él tiene cuidado de vos-*

otros. (*Ep.* 5.) ¡Oh! ¡cuan propio es el título que en esta parte da David al Señor, diciendo, que es nuestro Dios, que no tiene otro cuidado que el de nuestra salvacion! *Nuestro Dios es Dios de hacernos salvos.* (*Ps.* 67, 21.) Lo que, como esplica Belarmino, significa que la obra del Señor, no es de condenar sino de salvar á todos, pues si bien es verdad que amenaza con su desgracia á los que le desprecian, lo es tambien que promete su misericordia á cuantos temen su justicia, como cantó la divina Madre: *y su misericordia sobre los que le temen.* Pongo á tu vista, ó alma devota, estos pasajes de la Escritura, para que cuando te angustie la idea de si

debes salvarte, ó si eres predestinada, esfuerces tu ánimo con las promesas que te ha hecho el Señor, si te resuelves á servirle y amarle como te pide, acordándote del deseo que tiene de tu salvacion.

20. Cuando recibas, pues, alguna satisfaccion no hagas como lo acostumbran hacer algunas almas infieles é ingratas que recurren á Dios en sus tribulaciones, mientras que en la prosperidad le olvidan y abandonan. Guárdale fidelidad como pudieras guardarla á un amigo que te ama y se interesa por tu bien; acude solícito á comunicarle tu alegría; alábale y dale gracias; reconoce que la felicidad te viene de su mano como un don gratúito; alégrate en aquella felicidad porque

viene de su mano; en una palabra, no te consueles ni alegres sino en él: *Mas yo en el Señor me gozaré, y me regocijaré en Dios mi Jesus.* (*Habac.* 3, 18.) Dile: Jesus mio, te bendigo y te bendeciré siempre por cuantos favores me concedes, cuando por los ultrajes que contra tí he cometido solo soy acreedor á tus castigos. Esclama con la sagrada esposa: *Los frutos nuevos y añejos, amado mio, te guardo para tí.* (*Cant.* 7, 13.) Señor, os doy gracias, recuerdo todos vuestros beneficios presentes y pasados, para honraros y glorificaros por ellos por toda la eternidad.

21. Si amas de veras á tu Dios, debes alegrarte mas de su felicidad que de la tuya; al modo que quien

mucho ama á un amigo se alegra mas por la dicha de éste que de la suya propia. Consuélate al considerar que tu Dios es infinitamente feliz y dile con frecuencia: Amado Señor mio, tu felicidad me complace mas que la mia, sí, porque te amo mas que á mí mismo.

22. Otro rasgo de confianza sumamente agradable á Dios es que cuando has cometido alguna falta no te avergüences de arrojarte luego á sus pies y pedirle perdon. Piensa que Dios es tan inclinado á perdonar á los pecadores que se lamenta de su perdicion cuando se alejan de él, y viven muertos á su gracia; entonces les llama con amor diciendo: *¿Porque así mueres, ó casa de Israel? conviértete y vive.*

(*Ezech.* 18, 31.) Él nos ha prometido acoger al alma que le ha abandonado, desde el momento en que vuelva á sus brazos: *convertíos á mí y yo me convertiré á vosotros.* (*Ezech.* 36, 9.) ¡ Oh! ¡si supierais vosotros los pecadores con cuanta ternura os aguarda Dios para perdonaros! *Por esto aguarda el Señor, para tener misericordia de nosotros.* (*Is.* 30, 18.) ¡ Oh! si supieseis cuanto desea, no el castigaros, sino veros convertidos, para abrazaros y estrechar vuestro pecho contra su corazon. Él os dice: *No quiero la muerte del impío sino que salga de su camino y viva.* (*Ezech.* 33, 11.) Mas dice todavía: *Venid, y quejaos de mí; si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblan-*

quecidos. (*Is.* 1, 18.) Lo cual equivale á decir: pecadores, arrepentíos de haberme ofendido, y luego venid á mí; si no os perdono, *quejaos de mí*, acusadme y tratadme de infiel; pero no, no faltaré á mi palabra si acudís á mí. Sabed que vuestras conciencias, aunque sean mas negras que la semilla del carmin á causa de vuestros pecados, yo las volveré blancas como la nieve.

23. Dícenos finalmente, que cuando una alma se arrepiente de haberle ofendido, olvida todos sus pecados: *De ninguna de las maldades que él obró, me acordaré yo.* (*Ezech.* 18, 22.) Al instante pues que cometas alguna falta, levanta á Dios tus ojos, dirígele un acto de

amor, y confesando humildemente tu pecado, espera seguro el perdon diciéndole: Señor, el corazon que amas está enfermo y llagado: *cura á mi alma porque yo he pecado contra tí.* Si buscais á los pecadores arrepentidos, he aquí uno que os busca á vos y se arroja á vuestros pies: he cometido el mal, ¿qué debo pues hacer? Vos no quereis que desespere aun despues de mi pecado; quereis mi felicidad, y yo por otra parte todavía os amo; sí, Dios mio, os amo con todo mi corazon, me arrepiento del disgusto que os he dado, propongo no hacerlo mas: vos que sois aquel Dios lleno de dulzura y de bondad, *suave y humilde, y generoso en su misericordia*, perdonadme, hacedme sentir

en mi interior lo que dijisteis á la Magdalena: *perdonadas quedan tus culpas;* y dadme fuerza para seros fiel en lo venidero.

24. Arroja sobre todo entonces una mirada á Jesus crucificado, para no caer en desaliento, ofrece al Padre eterno los méritos de su Hijo, y aguarda con confianza tu perdon, toda vez que para perdonarte *no rehusó el sacrificar á su propio Hijo.* Dile confiado: *Mirad, Señor, el rostro de vuestro hijo Jesus*: Dios mio, mirad á vuestro Hijo muerto por mí, y por amor á este Hijo perdonadme mis pecados. Atiende sobre todo, alma devota, al consejo que dan comunmente todos los directores espirituales; recorrer á Dios sin tardanza despues

de cometida la infidelidad, aun cuando cayeses en un solo dia cien veces, y tranquilízate despues de tu caida cuando hayas recorrido á Dios de todo corazon: de otra suerte, quedando desfallecida y turbada tu alma, despues de la falta cometida, poco tratarás ya con Dios, faltará la confianza, resfriaráse el deseo de amar á Dios, y poco podrás ya adelantar en la senda del Señor. Al contrario, recorriendo á Dios sin tardanza, para alcanzar perdon y prometerle la enmienda, tus caidas te servirán aun para hacer mas progresos en el divino amor. Entre amigos que se aman de corazon, sucede no pocas veces, que cuando uno disgusta á otro y luego se humilla

aquel hasta pedirle perdon, el disgusto no hace sino estrechar mas íntimamente su mutua amistad. Así pues haz que tus defectos sirvan solo para unirte mas y mas con tu Dios.

25. En cualquiera duda que se te ofrezca, ya sea para tí, ya sea para otro, á imitacion de los amigos fieles que nada hacen sin mutuo consejo, no faltes jamás á la confianza, consulta con Dios, ruégale que te ilumine para que tú determines lo que mas conforme sea con su voluntad: *Ponedme palabras en mi boca y el consejo en mi corazon.* (*Jud.* 9, 18.) Señor, decidme lo que quereis que yo haga, ó que responda, y así lo cumpliré: *Háblame, Señor, porque ya está atento tu siervo.*

26. No te limites á rogarle únicamente por tus propias necesidades, sino que debes hacerlo tambien por las ajenas. ¡Cuanto gustará Dios de que olvidado de tus necesidades le hables de la magnificencia de su gloria, de las miserias de otros, y principalmente de los tristes que gimen desconsolados en la tribulacion, de las almas del Purgatorio sus esposas, que suspiran por gozar de su presencia, y por los desventurados pecadores que viven privados de su gracia! Dí por éstas sobre todo: Señor, tan amable sois que mereceis un amor infinito. ¿Y como sufrís ver tantas almas en el mundo á las que dispensais tantos beneficios, y que sin embargo se resisten á conoce-

ros, no quieren amaros, os ofenden y os desprecian? ¡ Ah! ¡Dios mio! daos á conocer y haceos amar: *sanctificatur nomen tuum*, *adveniat regnum tuum*. ¡ Adorado sea y amado vuestro santo nombre! ¡reine vuestro amor en todos los corazones! ¡Ah! no permitais que me retire de vuestra divina presencia sin haberme concedido alguna gracia por estas almas desdichadas en cuyo favor encarecidamente os ruego.

27. Dícese que hay en el Purgatorio un castigo particular (pena de languidez) para aquellas almas que en esta vida desearon con tibieza la gloria del Paraíso: y con razon, porque no desearla ardientemente es estimar en poco aquel

reino eterno que con su muerte nos mereció el Redentor. Y por esta razon no te olvides jamás, ó alma devota, de suspirar á menudo por el Paraíso, diciendo á tu Dios que te parece mil años el menor retardo por el cual te has de ver privado de verle y de amarle. Suspira por salir de este destierro y lugar de pecados y de peligros, en que vas á riesgo de perder la gracia, para llegar á aquella patria de amor donde le amarás con todas tus fuerzas. Díle muchas veces: Señor, en tanto que vivo sobre la tierra corro siempre peligro de abandonaros, y de perder vuestro amor: ¿cuando será, pues, que dejando esta vida, donde continuamente os ofendo, pueda ama-

ros con toda mi alma y unirme á vos sin riesgo de perderos por toda la eternidad? Por esto suspiraba continuamente santa Teresa y se alegraba cuando oia sonar el reloj, al pensar que ya habia trascurrido una hora de su vida y una hora menos de ofender y perder á Dios; por esto deseaba tanto la muerte y moria por deseo de morir, como lo espresó en su amorosa cancion: *Muero porque no muero.*

28. En suma, si quieres complacer al corazon amante de tu Dios, procura hablar con él lo mas á menudo y con toda la confianza que te sea posible, pues por su parte no dejará él de responder á tus fervorosas súplicas y de hablar contigo. No se hará oir de tí con

voces perceptibles para tu oido, pero sí con palabras sensibles á tu corazon, cuando te desprendas de las criaturas, para ocuparte en conversar á solas con tu Dios: *Y la llevaré al desierto, y la hablaré al corazon.* (*Oseas* 2, 14.) Te hablará entonces con aquellas inspiraciones y luces interiores, mostrándote su bondad y haciendo gustar á tu corazon suavidades inefables, dándote señales de perdon, prendas de paz, la esperanza en el Paraíso, con aquel júbilo interior, con las dulzuras de su gracia y con abrazos amorosos. Finalmente, te hablará con aquellas palabras de amor, que siempre entienden las almas que le aman y que solo buscan á él.

29. A fin de reasumir, voy á insinuar un breve método de devocion para emplear todas las acciones del dia con agrado del Señor. Al despertarte por la mañana sea tu primer acto elevar á Dios tu pensamiento, ofreciéndole en su honra cuanto puedas hacer ó padecer en aquel dia y rogándole te favorezca con su auxilio. En seguida harás los demás actos cristianos, á saber, la accion de gracias, el acto de amor, de piedad y de resolucion, y el propósito de vivir en aquel dia como si fuere el último de tu vida. El bienaventurado Taulero enseña como hacer por la mañana una conversacion con Dios, y el modo es, que cuantas veces hagas cierta accion, como

por ejemplo poner la mano sobre el corazon, ó levantar tus ojos al cielo ó á un Crucifijo, tengas la intencion de hacer un acto de amor, de deseo de verle amado de todos los hombres, ó que te le ofrezcas todo entero, etc. Luego de acabados estos actos y despues de haber puesto tu alma bajo el amparo de Jesus y de su santísima Madre, luego despues de rogar al eterno Padre que por amor de su Hijo y de la Vírgen María te guarde en aquel dia que va á transcurrir, procura en primer lugar, antes de todas las demás acciones, hacer oracion ó meditar por espacio de media hora á lo menos, pensando en los dolores y desprecios que padeció Jesucristo en su pasion,

objeto el mas querido para las almas piadosas, y que mas de veras arden en divino amor. Tres son las clases de devocion que debes preferir entre las demás, si quieres adelantar en la vida espiritual: la devocion á la pasion de Jesucristo, al Santísimo Sacramento, y á María Santísima. Reitera á menudo despues de la oracion los actos de contricion, de amor á Dios y de ofrecimiento de tí mismo. Decia el P. Cárlos Garaffa, fundador de los piadosos Oratorios, que un acto de amor de Dios hecho por la mañana en la oracion, basta para mantener fervorosa al alma por todo el resto del dia.

30. Concluidos tus demás actos devotos de confesion, comunion,

misa, etc., conviene que al emprender tus ocupaciones esternas, de estudio, trabajo ú ocupacion propia de tu estado, no te olvides de ofrecer á Dios aquella accion y de implorar su ayuda para ejecutarla sin defecto alguno; ni tampoco dejes de recogerte á menudo en tu interior y unirte con Dios, como lo practicaba Sta. Catalina de Sena. Cuanto hagas, en suma, hazlo por Dios y con Dios. Al salir de casa ó al entrar en ella, encomiéndate con una Ave María á la divina Madre. En la mesa ofrece á Dios cuanto sientas, ya sea gusto ó disgusto, en la comida ó bebida; y al acabar dale gracias, diciendo: Señor, ¡cuantos bienes concedeis á quien tanto os ha ofendido!

En el resto del dia no olvides tu lectura espiritual, la visita al Santísimo Sacramento y á María; y por la noche ni el rosario ni el exámen de conciencia; sin olvidar tampoco los actos cristianos de fe, de esperanza, de amor, de arrepentimiento, y de propósito de enmienda: resolverás de recibir en vida y en muerte los santos sacramentos con el fin de ganar las indulgencias que á ellos acompañan. Al acostarte piensa que merecieras yacer en el fuego del infierno, y entrégate al descanso abrazado con el Crucifijo, diciendo: *In pace in idipsum dormiam, et requiescam.*

31. Creo útil indicarte en pocas palabras las principales indulgencias concedidas á algunas preces y

actos devotos. Así, será provechoso que ya por la mañana tengas intencion de ganar cuantas indulgencias puedas en aquel dia. Al que hace los actos teologales de fe, etc., se le conceden siete años por cada dia; y continuándolos por espacio de un mes, gana indulgencia plenaria aplicable á las almas del Purgatorio, y asimismo *in artículo mortis*. Ten intencion de ganar tambien todas las indulgencias concedidas al que reza el rosario, la corona bendita, el *Angelus* en los tres períodos del dia, la *letanía de Nuestra Señora*, la *Salve*, el *Ave María* y el *Gloria Patri*. Si rezares estas oraciones, al decir: *Bendita sea la inmaculada y purísima Concepcion de la bienaventurada virgen María*; ó

bien: *alabado sea ahora y siempre el Santísimo Sacramento del Altar;* recitando la oracion: *Anima Christi, etc.;* al inclinar la cabeza en el *Gloria Patri;* al pronunciar los santísimos nombres de Jesus y de María; al oir la misa y al hacer oracion mental por espacio de media hora, en cuyo acto á mas de la indulgencia parcial se gana tambien la plenaria, continuándolo por espacio de un mes, confesando y comulgando además en el transcurso de este; cuando se hace genuflexion ante el Santísimo Sacramento; cuando se besa la cruz, ten intencion de ganar siempre todas las indulgencias concedidas á todas estas prácticas de piedad.

32. Si quieres mantenerte siem-

pre recogido é íntimamente unido á Dios en esta vida, procura en cuantas cosas oyes ó miras alzar hácia el Señor tu espíritu, ó pensar por algunos instantes en la eternidad. Así, cuando veas derramarse un líquido piensa que no de otro modo corre tu vida hácia su último dia; si por acaso ves una luz que se apaga por falta de aceite, considera que asi debes tambien acabar algun dia tu carrera mortal; cuando veas sepulturas ó cadáveres piensa que aquel ha de ser tambien tu paradero; si fueres testigo del júbilo en que los grandes de la tierra rebosan por sus dignidades y riquezas, compadeciéndoles, dí: *Solo Dios me basta!— Estos fian en sus carros, aquellos en sus caballos;*

mas nosotros invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro. (*Ps.* 19, 8.) Gloríense estos por su vanidad, yo solo quiero gloriarme en la gracia de Dios y en su amor. Cuando asistas á pomposas exequias ó veas sepulcros magníficos elevados en honor de grandes señores, piensa y dí para contigo: Si éstos fueren condenados ¿de qué les servirán todas estas pompas? Cuando contemples el mar en calma ó agitado por la tempestad, considera la diferencia que va de una alma en gracia á otra en desgracia de Dios. Si vieres un árbol seco compárale á una alma desamparada de Dios, que solo sirve para ser arrojada á las llamas. Si presenciares algun dia la vergüenza y temor del reo

de algun grave delito, en presencia de su padre, juez ó superior, piensa cual será el terror de los pecadores ante el tribunal eterno de Jesucristo, su supremo Juez. Cuando la voz del trueno cause en tí alguna impresion de temor, piensa cual deberá ser el espanto de los miserables condenados al oir contínuamente en el infierno los truenos de la ira divina. Si oyeses á un reo de muerte en el acto de esclamar con amargura: *¿No queda ya remedio alguno? ¿debo pues morir?* considera cual deberá ser la desesperacion de una alma al decir cuando sea condenada al infierno: *¿No puedo ya salvarme de mi ruina eterna?*

33. Cuando pasees por el cam-

po y veas las mieses, las flores y los frutos que te alegran con su aspecto ó con su aroma, dí: ¡Cuántas y cuán hermosas criaturas ha criado Dios para mí en esta tierra, á fin de que le ame, y cuales otras debe tenerme preparadas en el Paraíso! Decia Santa Teresa al contemplar bellas colinas y playas, que estas le reprendian su ingratitud para con Dios. El abate Rancé, fundador del órden de la Trapa, dice: que aquellas hermosas criaturas le recordaban su obligacion de amar á Dios. Lo mismo decia San Agustin: *Cœlum, et terra, et omnia mihi dicunt, ut amem te.* Cuentan de este mismo padre que hallando por el campo plantas y flores, las golpeaba con un baston-

cito diciendo: callad, no me echeis en cara mi ingratitud para con Dios; os entiendo, callad. Santa María Magdalena de Pazzi, cuando tenia en la mano una flor ó fruta, sentíase conmovida de amor divino y decia en su interior: Dios ha pensado en mí desde la eternidad, criando esta flor y esta fruta para manifestarme el amor que me profesa.

34. Cuando se te presenten á la vista rios ó arroyos, piensa que así como aquellas aguas corren sin detencion hácia el mar, así debes tú dirigirte constantemente á Dios, que es tu único bien. Si acontece que seas conducido sobre caballo, dí: ¡como se fatigan estos inocentes animales para servirme! y

¿que pena me tomo yo para complacer á Dios? Cuando veas á un perrito que por un mezquino bocado de pan es tan fiel á su amo, piensa cuanto mas fiel debieras ser tú á Dios, que te ha criado, te conserva, te alimenta y te colma en fin de tantos beneficios. Cuando oigas cantar á las avecillas dí: alma mia, ¿oyes como estos animales ensalzan á su Criador? y tú ¿qué haces? alábale pues con actos de amor. Al contrario, cuando oigas cantar á un gallo, recuerda que tú tambien á imitacion de Pedro renegaste un dia de tu Dios, y renueva entonces tus lágrimas y tus *gemidos*. Así tambien cuando veas la casa ó lugar donde pecaste, vuelve á Dios tu pensamiento dicien-

do: *No te acuerdes, Señor, de los delitos de mi juventud, ni de mis ignorancias.* (*Ps.* 24, 7.)

35. Cuando observes algun valle, considera que así como le fertilizan las aguas que bajan de las montañas, así tambien bajan del cielo las gracias para los justos y olvidan á los soberbios. Cuando admires una hermosa iglesia con todos sus adornos, piensa en una alma en gracia, que es el verdadero templo de Dios. Cuando mires el mar, considera la inmensidad y grandeza de Dios. Cuando veas fuego, lámpara ó velas encendidas, dí: cuantos años hace que deberia yo arder en el infierno! Pero, Señor, ya que me habeis perdonado, haced que mi corazon arda de amor

hácia vos, como arden ahora estas bujías ó esta lumbre. Cuando contemples el cielo estrellado, esclama con S. Andres de Avelino: ¡O pies mios! ¡vosotros pisareis un dia aquellos astros!

36. Para recordar mas á menudo los misterios de amor de Jesucristo, cuando veas paja, grutas ó pesebres, acuérdate del niño Jesus en el establo de Belen. Cuando veas tenazas, martillos ó sierras, acuérdate de Jesus que trabajaba de simple aprendiz en una tienda de Nazaret. Si vieres luego cuerdas, espinas, clavos, maderos, piensa en la dolorosa muerte de nuestro Redentor. S. Francisco de Asís, al ver un cordero no podia contener sus lágrimas y esclamaba: Mi Dios á se-

mejanza de un cordero, fué llevado por mí al suplicio. Por último, cuando veas altares, cálices, patenas, acuérdate del grande amor que te ha manifestado Jesucristo al darnos el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

37. Entre dia ofrécete con frecuencia á Dios como lo hacia Santa Teresa, diciendo: Señor, me resigno enteramente á vuestra voluntad; disponed de mí como mejor os plazca; decidme lo que querais que haga por vos, pues quiero hacerlo. Repite lo mas á menudo que puedas los actos de amor para con Dios. Decia Sta. Teresa que los actos de amor son leña que mantiene encendido en el pecho el santo amor. La venerable sor Serafina de

Carde, considerando cierto dia que el mulo del monasterio no podia amar á Dios, compadecíalo diciendo: pobre animal, tú no sabes ni puedes amar á tu Dios; y el mulo se puso á llorar, de modo que sus ojos derramaban gruesas lágrimas. Así, siempre que veas un animal privado de amar á Dios, procura hacer mas actos de amor, tú que puedes amarle. Cuando caigas en alguna falta, humíllate al momento, y procura levantarte de nuevo con mas fervorosos actos de amor. Si te acaece alguna contrariedad, al punto ofrece á Dios tu afliccion, conformándote con su santa voluntad; y para esto acostumbra proferir siempre estas palabras: Si así lo quiere Dios, así lo quiero yo tam-

bien. Los actos de resignacion son los mas apreciados y mas agradables á Dios.

38. Cuando tengas que resolver algun asunto, ó dar algun consejo de importancia, primeramente encomiéndate á Dios y en seguida obra ó responde. Reitera cuantas mas veces puedas al dia, la oracion, *Deus in adjutorium meum intende*, como lo hacia Sta. Rosa de Lima. Señor, socorredme, no me abandoneis á mi propia direccion: Para esto vuélvete muchas veces hácia el Crucifijo ó imágen de Nuestra Señora que tienes en tu aposento; y sobre todo no dejes de invocar á menudo el nombre de Jesus y de María, especialmente en tiempo de tentacion. Dios por su infi-

nita bondad desea con ardor comunicaros sus gracias. El P. Alfonso Alvarez vió cierto dia nuestro Salvador, llenas de dones las manos, buscando á quien dispensarlos; sin embargo él quiere que se los pidamos primero : *Petite et accipietis.* El Señor cierra su mano al que le olvida y la abre pródigamente á quien de corazon le invoca. ¿Quién recorrió á Dios, que fuese desoido y despreciado por él, dice el Eclesiástico ? *Quis invocavit eum et despexit iltum?* (*Ecles.* 2, 12.) David escribió que Dios es misericordioso, y misericordioso en alto grado, con aquellos que le invocan : *Porque, tú, Señor, suave y apacible y de mucka misericordia para los que te invocan.* (*Ps.* 85, 5.)

39. ¡Oh, cuan bueno y liberal es el Señor para quien con amor le busca! *Bueno es el Señor para los que esperan en él.* (*Thren.* 3, 25.) Si hace que le hallen aun aquellos que no le buscan : *Halláronme los que no me buscaron* (*Rom.* 10, 20), ¿con cuanta mayor razon se dejará hallar por quienes le buscan para servirle y amarle?

Dice, finalmente, Sta. Teresa, que en esta tierra las almas justas deben adaptarse á lo que hacen en el cielo los bienaventurados. Así como los santos no se comunican en el cielo sino con Dios, ni tienen mas idea ni complacencia sino en su gloria y en su amor, sea así tambien Dios en la tierra tu única felicidad, el único objeto de tus

afectos, el solo fin de todas tus acciones y deseos, hasta tanto que llegues al reino eterno, donde tu amor será perfecto y tus deseos del todo satisfechos y cumplidos.

Protesta

PARA LA MUERTE.

Dios mio, postrado ante vuestra presencia os adoro y propongo hacer la siguiente protesta como si me hallase pronto á pasar de esta vida á la eternidad.

Señor, pues sois verdad infalible, y así lo habeis revelado á la Santa

Iglesia, creo en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas en un solo Dios, el cual premia en la eternidad á los justos con el Paraíso, y castiga con el infierno á los pecadores. Creo que la segunda persona, ó el Hijo de Dios, se encarnó y murió para salvar á los hombres; y creo en fin cuanto cree la Santa Iglesia. Os doy gracias por haberme hecho cristiano y protesto que en la misma fe deseo vivir y morir.

Dios mio, mi esperanza, fiado en vuestras promesas, espero de vuestra misericordia, no por mis propios méritos sino por los de vuestro Hijo Jesucristo, el perdon de mis pecados, la perseverancia

en vuestra gracia y despues de esta miserable vida la gloria en el Paraíso. Y si el demonio me tentase en mi muerte para hacerme desesperar en vista de mis pecados, digo que quiero esperar siempre en vos, Señor mio, y quiero morir abandonado en los brazos de vuestra bondad.

¡O Dios, digno de infinito amor! os amo de todo corazon, mas que á mí mismo, y propongo morir formando un acto de amor para poderos seguir y amar eternamente en el Paraíso. Y si en lo pasado pude despreciar vuestra bondad en vez de adorarla, me arrepiento de todo corazon, y protesto querer morir, llorando y detestando siempre las ofensas que para con vos he

cometido. Prometo para en adelante morir antes que pecar y perdono por vuestro amor á todos mis enemigos.

Acepto, Dios mio, la muerte: identifico todos cuantos padecimientos puedan acompañarla, con los dolores que padeció Jesucristo en el suplicio, y los ofrezco en honor de vuestro soberano dominio y en satisfaccion de todos mis pecados. Aceptad, Señor, el sacrificio que os hago de mi vida por amor de aquel gran sacrificio que de sí mismo os hizo vuestro divino Hijo en el altar de la cruz. Yo desde ahora para el momento de mi muerte, me resigno absolutamente á vuestra divina voluntad, protestando que quiero morir esclamando:

Señor, hágase siempre tu santa voluntad.

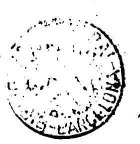
Vírgen santísima, abogada y madre mia, vos sois y sereis despues de Dios mi esperanza y fortaleza en el instante de mi muerte, y por tanto desde ahora recurro á vos y os ruego me asistais en aquel trance. Adorada Reina mia, no me abandoneis en aquel momento, antes al contrario recibid entonces mi alma y presentadla á vuestro sagrado Hijo. Desde ahora os aguardo y espero morir bajo vuestro manto y abrazado á vuestros pies. Mi protector S. José, S. Miguel Arcángel, Angel custodio, Santos mis abogados, socorredme todos en aquella postrer lucha con el infierno.

Y vos, Amor mio crucificado, vos, Jesus mio, que para procurarme una buena muerte, elegiste un suplicio tan amargo, recordad en aquella hora que yo soy una de aquellas ovejas que comprasteis con vuestra sangre. Vos, que cuando todos los de la tierra me habrian abandonado y nadie podria darme ayuda, sereis el único que pueda asistirme, hacedme entonces digno de recibiros por medio del viático, y no permitais que os pierda para siempre y vaya á morar léjos de vos por toda la eternidad. No, amado Salvador mio: recibidme entonces en vuestro seno, mientras ahora os abrazo con el corazon: en el último momento de mi vida espero entregar mi alma en

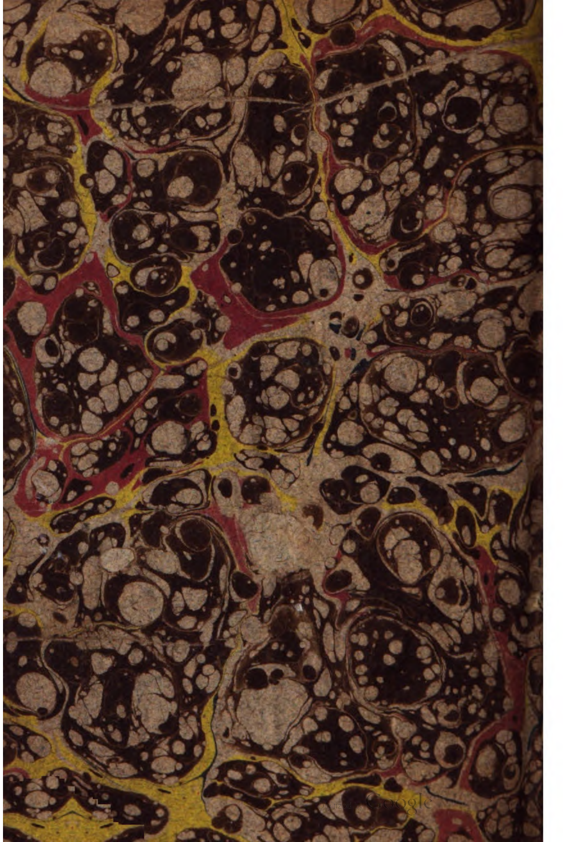
vuestros brazos, diciendo ahora para entonces: *Jesus y Maria, os doy el corazon y el alma mia ; Jesus y Maria , etc.*

Es bello padecer por tí , Dios mio,
Bello morir , morir en tí , Señor ;
Para espirar contigo confundido
Te abrazo ya, divino Redentor.
Trocada en gloria mirarás la muerte
En júbilo indecible tu dolor
Alma , si al espirar en su regazo
Te acogiere la Madre del amor.

FIN.




BARCELONA




BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001906344

